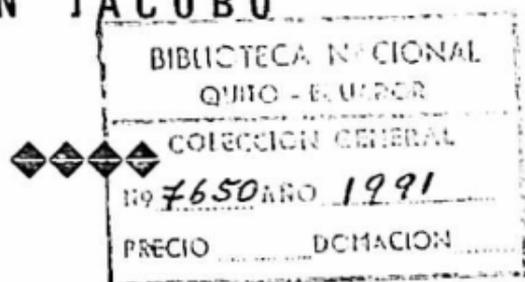


LA CASA DEL CRIMEN

Drama en cuatro actos por

JUAN JACOBO



Epoca actual

{Prohibido para menores de 15 años}



QUITO
AGOSTO DE 1935

PRIMER ACTO

Personajes:

Caracterizaciones:

<i>Sra. Viuda de Villarreal</i>	Guapa y aristocrática dama, de 45 años de edad.
<i>Srta Luisa de Villarreal</i>	Muchacha de carácter alegre y alocado.
<i>Sr. Alberto Morgan</i>	Mozo aventurero, de alta sociedad.
<i>Dr. Juan Rivera</i>	Médico modesto y virtuoso.
<i>Srta. Josefina Alamor</i>	Muchacha de sociedad.
<i>Sr. José Riego</i>	Personaje de alta sociedad, 40 años de edad.
<i>Sra. Dida de Riego</i>	Esposa de éste, edad igual.
<i>Sr. Luis Saavedra</i>	Mozo bohemio, de 30 años de edad.
<i>Sr. Segundo Samperteguí</i>	" " " 35 " " "
<i>Sra. María de Moranti</i>	Dama distinguida, 35 " " "
<i>Sr. Luis Moranti</i>	Caballero " 50 " " "

Miss en escena y decorado:

Se trata de un hall de campo, cercano a un jardín, lugar de distracciones sociales. El decorado de acuerdo con este criterio. Las caracterizaciones con relación a la edad y a los papeles que representa cada personaje.

Al levantarse el telón, aparece el doctor Juan Rivera paseándose inquieto.

Riv. Son las nueve de la mañana, ¿vendrá Luisa sola o en compañía de las demás personas? En este caso, no querría ser visto. Tengamos paciencia. (Continúa paseándose).

Luisa (Llega fatigada y con su acostumbrado aire de locura) Cómo está Juan? Me figuraba que no iba a encontrarlo y que era inútil mi carrera; cuánta cólera me habría dado Ud. Parece que me he adelantado bastante a los demás.

Riv. Cuando le ofrecí venir es porque no habría dejado de cumplirlo, y aquí me tiene Ud. Y, ahoga, se puede saber el objeto de esta cita?

Luisa Para que tenga el gusto de verme, Juan; no le agrada?

Riv. No sólo me alegra su presencia, Luisa, sino que, como lo ve Ud., me expongo al ridículo, ya que me he acostumbrado a encontrarla por lo menos una vez cada día. Y es así por qué he obedecido ciegamente a su llamada y aquí estoy, a pesar de que presumo voy a encontrarme con personas que no me son muy agradables.

Luisa Qué razón tiene Ud. para detestar a las personas que supone va a encontrarlas?

Riv. No sé la razón, pero me imagino que hay tanta falsía en eso que se llama alta sociedad que aparece a mis ojos todo como postizo, como cosas colocadas para agradar el momento; la sociedad con frecuencia adora a becerros de oro con patas de barro, y con frecuencia esa misma sociedad pisotea y ultraja a los que ayer rindió pleitesía, sencillamente porque la suerte les es ya adversa o porque ya no pueden pagar las venias y los homenajes a precio de oro.

Luisa ¡Se deja Ud. decir cosas raras!

Riv. Tal vez tiene Ud. razón. La pobreza en que he nacido, el ambiente humilde que he respirado en mi hogar, me han hecho desconfiado de estas grandes gentes y tal vez, naturalmente, me haga mirar distinta la realidad. Pero es el caso, Luisa, que para Ud. no querría más brillo que el que da la modestia y la virtud, ni más atractivo que su belleza al natural, sin afeites, ni arreglos que tal vez la hagan más atractiva por el momento.

Luisa No, Juan, tiene que irse acostumbrando a mi vida, a la sociedad que me rodea, a los míos, a mi algazara y a mi manera de pensar y de sentir.

Riv. Talvez me adaptaré, si Ud. así lo quiere, pero acostumbrarme, nunca.

Luisa (Riéndose) Voy a tener que romper hostilidades ante esa terquedad.

Riv. (Acariciándole y en son de broma) Me moriría de pena.

Luisa Está Ud. fúnebre (Se oyen voces). Ya llegan, talvez será mejor que Ud. se presente luego.

Riv. (Buscando con la vista dónde ocultarse) Ya lo creo, evitemos murmuraciones.

v. de V. (Apareciendo repentinamente) ¡Ah, estaban Uds. dos aquí!

Luisa Sí, mamá, acabamos de encontrarnos.

v. de V. Conozco y creo en esa clase de encuentros, completamente inocentes y casuales.

Riv. (Serenamente) Inocentes, sí, casuales, no; porque me tiene Ud. aquí porque sabía que vendría Luisa.

v. de V. Ya lo comprendo, le asiste a Ud. la oportunidad en todo momento.

Luisa (Indignada) ¿Qué es lo quieres decir con eso, mamá?

Riv. Muy sencillo; herirme, como siempre.

Luisa No veo la razón.

v. de V. La tengo, y muy sobrada.

Riv. (Altivamente) Ud. lo dirá, señora. (Se vuelven a oír voces de personas que llegan) No es el momento para explicaciones.

(Entran personajes, haciendo algazara).

Morgan (Con malicia, dirigiendo la palabra a Luisa) Ya comprendo, señorita, la razón por la que no ha querido Ud. llegar en nuestra compañía.

Luisa (Molestada) Se equivoca Ud., señor Morgan.

v. de V. Sí, Alberto, sus conjeturas son erróneas, pues Luisa y yo nos habíamos adelantado para que ella se compusiera el vestido y aquí, de una manera completamente impensada, hemos encontrado al doctor, tanto más que, como Uds. lo saben, no había sido invitado.

- Riv. La señora dice la verdad, pues nadie más que la casualidad me da el honor de estar entre Uds., ya que, como bien lo dice, mal podía estar aquí sin tener invitación alguna.
- Morgan (Aparentando no haber visto hasta ese momento al doctor). ¡Oh, doctor, perdone que no haya reparado en esta su grata compañía!
- Riv. (Irónicamente) No tiene Ud. de qué ser perdonado, hay tantas cosas en la vida, de importancia, que perdonar.
- Sra. Riego. Bueno, y si Ud., doctor, no ha sido invitado, lo queda desde este instante, y siento muy deveras que por el calor de la conversación no haya habido persona que nos presente.
- Riv. Estoy a las órdenes de Uds., me llamo Juan Rivera, médico y servidor de Uds. (Todos hacen una venia, y dan las gracias).
- Sra. Moranti. (Demostrando interés) Ah!, es Ud. el doctor Rivera?
- Riv. (Se inclina, en señal de asentimiento).
- Sra. Moranti Su fama sale ya de los umbrales del Hospital.
- Sr. Moranti Como formidable clínico.
- Riv. No siempre hay que dar crédito a esas famas, que muchas veces no constituyen otra cosa que benevolencia de buenos amigos.
- Sra. Mor. La suya debe ser muy justa, lo dice su misma modestia.
- Srta. Vill. Ya lo creo, no tiene Ud. doctor por qué negarlo.
- Riv. Gracias mil.
- Morgan No hay por qué sonrojarse, doctor, para algo ha pasado estudiando toda una vida.
- Riv. No me sonrojo, amigo mío, es un deber mío agradecer a todos. La única llamada a sonrojarse es la ignorancia que en más de las veces se cubre con la capa del cinismo.
- Todos Ya lo creo (comentan).

v. de V. El mayor mérito del doctor consiste en que con el escasísimo sueldo de que goza mantiene a su madre y hasta, según he sabido, socorre a su novia, que es muy pobrecita, tanto como bonita.

Todos (Se miran con asombro y picarescamente) Qué bien, doctor.

Srta. Alam. Nuevos motivos de felicitación, desde luego.

Riv. Agradezco a la señora haga saber a la concurrencia mi humilde situación económica, tanto más que jamás fué mi deseo aparentar una falsa; pero sí me toca, en honor de la verdad, refutar aquello de la novia, que no la tengo, pues debe tratarse de una confusión con una hermanita mía, quien también vive de mi trabajo, como es natural.

Srta. Alam. No vemos nada que criticar al tener una novia.

Riv. Ya lo creo que nada, señorita; el amor en el Mundo es el Dios que alumbra la existencia material; sin amor físico o moral el vivir sería sin objeto, el ser humano no se alimenta sólo del pan material, sino también del espiritual y ese es el amor. Pero yo no tengo la dicha de tener novia, y si existiera, e hiciera falta redoblar mis esfuerzos para hacerla vivir decentemente, lo haría, sea esta novia pobre o rica, pues mi criterio es el de que la mujer, cuando lleva un nombre, debe vivir de lo que dispone su marido, sin contar con la fortuna privada de ella, si la tuviere.

Sra. Riego Ya lo creo.

Saavedra Pero la realidad es otra.

Sampert. El doctor es modelo de hombre y de médico.

Morg. En estas discusiones triviales se nos va a ir toda la mañana. Creo que debemos pensar en jugar la primera partida, ya que a eso hemos venido.

Todos Sí, vamos (Se encaminan hacia afuera).

Sra. Morant. (Al salir, llamando al doctor Rivera) No le perdonaré que Ud. se marche de aquí sin despedirse.

Riv. Le doy mi palabra de que así no será.

Sra. Morant. Es Ud. un caballero a carta cabal.

Riv. Y Ud. tan bondadosa, como hermosa.

Sra. Morant. Y además, galante.

Riv. Verdadero en mis apreciaciones.

Sra. Morant. (Reteniendo a Juan por el brazo) Juega Ud. tennis?

Riv. Soy el más inútil de los mortales.

Sra. Morant. Entonces, le invito a quedarse y a que charlemos un poco, pues yo me reservo para la segunda partida.

Riv. (Deteniéndose) Tendré placer al acompañarla.

Sra. Morant. (Invitándole a sentarse) (Se sientan) Ya que Ud. accede a quedarse, me permite que le haga una pregunta?

Riv. Cuántas Ud. guste.

Sra. Morant. Querrá decirme cómo se llama la novia con quien le embroman?

Riv. No hay tal novia, se trata de una ficción o de algo que entranña mala fe al afirmarlo.

Sra. Morant. Precisamente esa es la duda de la que quería salir. Ya que me parece, si no estoy muy equivocada, que Ud. ama locamente a Luisa.

Riv. Locamente, no; aunque sí la quiero bastante para poder olvidarla fácilmente.

Sra. Morant. Y será Ud., por supuesto, muy bien correspondido?

Riv. Parece que ella tiene alguna simpatía por mí, nada más que simpatía.

Sra. Morant. Y tiene Ud. algún rival?

Riv. Debo tener muchos: ella lo merece.

Sra. Morant. Alberto Morgan, talvez?

Riv. Presumo que sí.

Sra. Morant. No teme Ud. salir derrotado?

Riv. Todo puede ser; se trata de un rival peligroso por su dinero, por su posición social y otras muchas cualidades que le adornan.

Sra. Morant. (Encendiendo un cigarrillo) Fuma Ud.?

Riv. No, gracias.

Sra. Morant. No tiene Ud. vicios menores?

Riv. Ni menores, ni mayores, aunque no presumo de ser un santo.

- Sra. Morant. Muy bien: volviendo a la anterior conversación, debo decirle que no hay por qué temer ser vencido. Pues si es cierta la riqueza de Alberto (re-calcando) Ud. posee talento, que vale más que el dinero; y si él tiene posición social, Ud. puede conquistarla fácilmente, tanto más que esta posición social que le asusta a Ud. no es más que el resultado de un poco de audacia, en muchos casos; y de dinero, en otros. El talento y los dotes personales están en orden muy secundario. Además, ofrézcele para el objeto mi pequeño contingente.
- Riv. Ya que la amabilidad del acoso me ha brindado la grata oportunidad de ser su amigo, haré uso de su valioso ofrecimiento si me hiciere falta, entendido que de todas maneras agradezco a Ud.
- Sra. Morant. (Con aire confidencial) Diga Ud., doctor, en qué se diferencia el amor del deseo?
- Riv. El amor es siempre uno, puro y desinteresado; el deseo es egoísta y lleno de ambiciones, que la bestialidad humana nos inspira. Muchas veces el uno y el otro se hermanan, porque somos materia y esa materia vence, por más que tengamos un espíritu que vive en pugna con la materialidad. Pero, en verdad, del uno al otro hay gran distancia; al menos, esta es mi poco autorizada opinión.
- Sra. Morant. Desde luego, por venir de Ud. es una opinión muy digna de tomarla como la verdadera.
- Riv. Gracias.
- Sra. Riego (Entrando repentinamente en escena, y maliciosamente) ¿Parece que la conversación se ha vuelto verdaderamente interesante entre Uds. dos?
- Sra. Morant. (En igual forma que la pregunta) Ya lo creo que sí; envidia o caridad?
- Sra. Riego Si Ud. no se opone, envidia (Risas).
- Srta. Alm. (Entrando en escena) Pero es de suponer que tan gratas discusiones no nos han de impedir el que pidamos un vaso de vino para refrescarnos de este calor insoportable, aumentado con el juego, que ha sido verdaderamente emocionante.

- Riv. Ni mucho menos: tomaremos por los que han jugado y por los que no lo hemos hecho.
- Sra. Riego (Con impertinencia). Y también por los ingratos que se alejan habiendo quien los quiera de verdad.
- Srta. Alm. Y hasta por los difuntos. (Llega el licor).
- Riv. Brindo por todas; salud. (Contestan y toman).
- Sra. Riego. Y por qué no juega usted la segunda partida, doctor?
- Riv. Por que no conozco el juego, señora.
- Sra. Riego. Es verdaderamente raro; en mi país, los facultativos, a la vez que aconsejan, practican este deporte tan sano y agradable; esto sin perjuicio de que sepan a más de su profesión muchas cosas verdaderamente interesantes ... (Risas y comentan) sobre todo al tratarse de las mujeres casadas.
- Srta. Alm. Se puede saber qué es lo que deben no ignorar los profesionales cuando se trata de una mujer casada?
- Sra. Riego. Los médicos saben lo que las solteras ignoran, no tienes otro remedio que casarte para saberlo. (Risas).
- Srta. Alm. Qué aburrido debe ser ser casada, verdad?
- Sra. Moranti. Y, sobre todo, sin hijos, que al fin y al cabo, es la cadena del matrimonio.
- Sr. Moranti. (Entrando con la raqueta en la mano). Pero a la protesta injusta de mi mujer quiero hacer constar que por mí no ha faltado, y que ella siempre se empeñó en que se vayan al ... campo.
- Sra. Moranti. Pero con sentimiento suyo: querrás negarlo?
- Sr. Moranti. Y no darlo habría sido como para pensar luego en el divorcio.
- Srta. Alamor. Qué aburrido debe ser tener hijos!
- Sr. Moranti. El aburrimiento no es para las mujeres por que, a más de todo, es una distracción; los que nos aburrimos de veras somos los padres, que tenemos que soportar un peso más en la vida; de ahí que no me arrepiento de las modernas costumbres de mi mujer.

- Riv. Infringir las leyes de la naturaleza, es siempre, a más de perjudicial para la salud de la señora, harto censurable.
- Sra. Riego. No lo creo, doctor: en París, Londres, Berlín etc., los matrimonios bien, no tienen hijos; y si los tienen, son únicamente los indispensables.
- Sr. Riego. Indispensables para qué?
- Sra. Moranti. Para que sea llevadero el matrimonio.
- Riv. Cosas muy bellas cuando se toma gusto a ellas....
(Risas de todos).
- v. de V. Es decir que ustedes nos han abandonado a nuestra propia suerte?
- Saavedra. (Entrando en escena). Y que la suerte de los que no tenemos parejas, no es de las más envidiables, por lo que elevo mi protesta. (Bravo! Bien!)
- Riv. Si se me permite me adhiero a la protesta.
- Srta. Alm. No tienen ustedes por qué quejarse, ya que yo (hablo de las solteras) estoy lista e interesada en que alguien me haga el amor. (Risas).
- Sampert. (Entra cantando). Paloma que te vas volando, más valiera que estuvieras duermes. Conste, doctor Rivera, que es un verso como cualquier otro.
- Riv. A todo el mundo le asiste el derecho de cantar y, sobre todo, el de volar hasta donde le alcanzan las alas.
- Saavedra. (También cantando). Quién te canta la copla, te la sopla.—Buenos amigos, pido una copa, pero que sea buena, ya que hace lo menos un siglo que nada nos brindan. (Todos: Bravo, que venga). (Llama con las palmas de las manos), (se presenta un muchacho y se pone a las órdenes). El mejor vino que sea servido al término de la distancia.
- Srta. Alam. Y cuáles de ustedes irán esta noche al Té Bailable del Hotel América?
- Sampert. Más acertado parece preguntar cuáles no irán, ya que entiendo nadie faltará.
- v. de V. Yo no iré por tener un pequeño compromiso familiar; quiere usted, (dirigiéndose a la Srta. Alamor) acompañar a Luisa, que va con Alberto?

Srta. Alam. Encantada; sin perjuicio de hacerme acompañar yo a la vez.

Saavedra. (Maliciosamente). Y va el doctor?

Riv. Tengo una asistencia médica urgente.

Sra. Morant. No le será posible doctor dejar esa asistencia para más luego?

Riv. Imposible, señora. Cosas como éstas no admiten transacciones.

Sra. Riego. Debe ser penosa la profesión de médico.

v. de V. Sobre todo cuando ganan bien poco, a costa de sacrificios.

Sra. Morant. Pero esa es la manera de adquirir fama y crédito valederos.

Sra. Riego. Y no lo dudemos, el doctor antes de mucho, ganará mucho dinero.

Sr. Morant. Y será verdadero capitalista, y no ficticio como lo son otros.

Todos (Comentarios maliciosos).

Sr. Riego. Estamos de acuerdo.

Srta. Alam. Al menos, este es nuestro deseo, doctor.

Riv. Y yo muy agradecido.

Saavedra. (dirigiéndose a la v. de V). Qué buena proa le oriente.

v. de V. Me alegraría mucho de que así suceda, aunque no tengo el menor interés personal en el asunto, señor Saavedra.

Riv. Gracias por todos los buenos y malos deseos, ya que parece que los segundos empujan a los primeros, pero me es forzoso declarar que no tengo ninguna prisa en tener más de lo que estrictamente me es indispensable para la vida; y si no tuviera eso, no sería para desesperar, pues acostumbro tomar la vida como ella viene.

Sirviente. (Entrando con la copa servida). A las órdenes.

Saavedra. Por la tardanza presumo que traes de la luna.

Sirviente. Estaba atendiendo al señor Alberto y a la señorita.

Sampert. (Entregando la copa a todos). Tomemos por los ausentes, por los que nos abandonan.

Sra. Morant. Tomemos por los buenos tiempos que vendrán al doctor.

Todos. Tomemos, salud. (Toman).

Sr. Riego. En silencio he tomado yo por el triunfo del amor. (Comentos y devuelven las copas).

Sr. Morant. De ese amor que ni se siente ni se sabe.

Srta. Alm. Deberíamos tomar por los que no nos dan el gusto de estar en nuestra grata compañía.

v. de V. En verdad, voy a ver por qué los muchachos se han tomado la libertad de quedarse por su cuenta, (Sale).

Sra. Morant. (Al ver salir a la señora v. de V.) Qué raro que no haya reparado en su ausencia.

Saavedra. Ya volverán sus nidos a colgar.

Sampert. Las obscuras golondrinas.

Srta. Alm. Y no jugamos una nueva partida?

Todos. Ya es hora de que empecemos la segunda acordada.

Sra. Morant. (Pidiendo el brazo al doctor.) No le disgusta hacernos compañía?

Riv. Es siempre un placer para mí. (Todos se dirigen hacia afuera).

(Morgan y la señorita Villarreal entran en escena, por el lado opuesto al que salieron los demás; por el modo de andar y de charlar, demuestran haber bebido bastante).

Morgan. Querrás decirme, Luisa querida, qué es lo que te ha cautivado en aquel médico pobre y mediocre?

Luisa. Si pretendes mi cariño, Alberto, no hieras a Juan, como él no lo haría con nosotros. El corazón de él se halla siempre listo a encontrar virtudes y no vicios en sus semejantes, cosa que no lo estamos haciendo con él. Además, no es para mí otra cosa, que un enamorado romántico, incapaz de componer frases atrevidas como lo haces tú. No sé desde luego si esas palabras tan almibaradas las tengas ya catalogadas para todas las mujeres que te agradan, y, como a mí, las detienes en su camino.

Morg. Precisamente, porque no sienten el verdadero amor son incapaces de componer nada bello, nada auténtico.

Luisa. ¡Quién sabe si eso sea verdadero! Se afirma que el amor es tímido y, por eso, respetuoso.

Morg. Eso no es cierto, nena. El amor violento, apasionado como el mío rompe toda valla, quiere vencer y vence; desea comunicar su pasión y naturalmente debe emplear la frase cálida y vibrante, que arrebatada y conmueve, que seduce hasta la locura, porque el cariño que siento por tí, nena, es loco. (La acaricia, ella trata de substraerse a esas caricias, pero no las rechaza). Otra clase de manifestaciones que no sean como las mías, apenas se podrán llamar simpatía.

Luisa. No olvides que te querré tan violentamente como lo haces conmigo, siempre que esté segura de tu amor, segurísima; de lo contrario, te odiaría, porque detesto a los amantes fingidos de novela.

Morg. Con menor razón debes querer a pobres diablos que quizás no tienen otro afán que el llegar contigo a un nivel social que no alcanzarían por sí solos.

Luisa. Si lo dices por el doctor Rivera, seguramente te equivocas; porque lo menos que apetece para la que puede ser su esposa es la sociedad, a la que no tiene el menor aprecio.

Morg. De todas maneras, tú mereces más, mucho más que un pobre médico de origen obscuro, sin fortuna y sin nombre, y que no puede tener otro porvenir que una mujer como tú que le saque de su situación, perfectamente oculta. No lo digo por egoísmo personal, puedes, si quieres, rechazar mi cariño.

Luisa. ¿Soy yo, acaso, rica para que él pueda apetecer mi fortuna?

Morg. No eres rica, pero tampoco debes ponerte en el número de los desheredados; además, con tu belleza conquistarás mucho más, algo que valga tanto como millones.

Luisa. Eres un magnífico componedor de frases; mucho mejor estará que no continuemos hablando de esto.

Morg. Ante tí no habra quién no se inspire.

Luisa. Como siempre, galante.

Morg. Pero estás dispuesta a seguir mis consejos, nena?

Luisa. ¿Son interesados, Morgan?

Morg. Sí, por egoísmo y por cariño.

Luisa. No sé qué decirte; sólo sé que coincides en esta manera de pensar con mi madre.

Morg. Coincidiré con toda persona sensata. Y luego, de que haya desaparecido de tu cabecita la figura del médico, me querrás?

Luisa. No te ofrezco, ni me niego a ese cariño. Reclamo paciencia y constancia.

Morg. Lo que tú ordenes, aunque tuviera que esperar toda una vida.

v. de V. (Entrando repentinamente en escena y en forma de reprimenda para su hija). Se puede saber por qué razón, Luisa, te has permitido en toda la mañana hacer camarilla aparte?

Luisa. (Altaneramente.) Estábamos jugando, mamá; y no íbamos a querer que todos bicieran lo mismo que nosotros.

v. de V. En todo el tiempo?

Luisa. Luego, charlábamos. No hacía falta que todos se interesaran por nuestra conversación.

v. de V. En todo caso, será mejor no dar motivo para bromas en razón de esta ausencia tan prolongada. Por lo tanto te pido, Luisa, que en lo sucesivo no se repita ésta escena.

Morg. Me gustaría saber, señora, quién se ha permitido hacer bromas tomando el nombre de su hija, pues si lo supiera, me daría el lujo de arrancarle la lengua.

v. de V. No, amigo Alberto, no son cosas que merecen importancia.

Morg. Con perdón de ustedes. (Sale de escena).

Luisa. (Demostrando disgusto.) A mi vez, quiero hacer una pregunta.

v. de V. Cuántas quieras.

Luisa. También Alberto te disgusta tanto como Juan?

v. de V. Ni mucho menos, hija mía, ya que, en verdad, Alberto es el hombre que tú mereces; aunque tie-

ne el pero de ser bastante loco y con fama de un gran conquistador, cosas, desde luego, que las puede componer una buena mujercita, como lo eres tú.

Luisa. Muchas gracias, mamá, por eso de buena mujer; por lo demás, es decir por el verdadero cariño de Alberto, ya lo veremos.

Riv. (Entra en escena y se colóca adustamente delante de la madre y de la hija, en actitud de espera.)

v. de V. (Sarcásticamente.) Vendrá usted en busca de Luisa, verdad?

Riv. No vengo en busca de persona alguna determinada, he venido ha despedirme, como le corresponde a toda persona bien educada.

v. de V. Eso es.

Luisa. Y por qué no espera usted que nos vayamos todos?

v. de V. Y por qué quiere usted privarnos del honor de su compañía?

Riv. No me he puesto a pensarlo, señora, si será honor o no mi presencia en esta casa; pero sí le aseguro a usted que mi amistad, cuando la brindo, es y será siempre leal, cosa que parece que no sucede en la alta sociedad a la que ustedes pertenecen.

Luisa. Talvez juzga usted muy apasionadamente.

Riv. Querría estar en un error, por lo mismo que mi cariño fué tan desinteresado para con usted, pero esto, desde luego, no querrá decir que yo no le deseo toda clase de venturas en su nuevo amor. Amor que acaricia su vanidad, seguramente muy justa en una niña tan hermosa como lo es usted.

Luisa. (Turbada.) Le aseguro a usted, Juan, que está adelantando conceptos y si alguna falta he cometido; quisiera ser perdonada.

v. de V. ¿Por qué quieres engañar, muchacha? Debes, con toda franqueza, decir al doctor que el señor Morgan te pretende para esposa y, por lo tanto, entre los dos no es la elección dudosa.

Luisa. (Disgustada.) No quiero que digas eso, mamá, no es cierto.

v. de V. La verdad no hay por qué ocultarla.

Riv. No sabe usted señora cuánto le agradezco su franqueza, aunque en buen castellano se llama cinismo.

v. de V. Se atreve usted a insultarme?

Luisa. Madre, te pido por favor que no os alteréis, yo quiero que se arregle todo sin injurias para nadie.

Riv. He dicho que agradezco por que detesto las cosas a medias, y por que a este terreno quería llegar, para hablar con Luisa cuatro palabras que entiendo serán definitivas.

Luisa. No me acuse usted por anticipado, pues le aseguro que todavía no hay razón para ello.

Riv. Jamás de mis labios, Luisa, saldrá acusación alguna para usted. Todo lo que haga usted por su felicidad, está bien hecho; sólo quiero, si no es mucho querer, que me responda a cuál de los dos prefiere usted: a Alberto o a mí.

Luisa. Los dos son buenos amigos, por qué se empeña en hacerme romper con él?

Riv. Eso no es verdadero; yo me considero algo más que amigo, la amo con todo mi corazón y la pretendo para esposa, la quiero para que haga la felicidad de mi vida, como yo procuraré la suya; para que comparta conmigo de mis pocas alegrías y de mis muchos pesares.

v. de V. Muy bien doctor: con la franqueza que le caracteriza le ofrece a mi hija muchos sinsabores y pocas alegrías. ¡Caramba, sólo hace falta frescura para semejante ofrecimiento! No debe usted pensar en el matrimonio, si no tiene algo real que ofrecer a su prometida. Es preferible que no hablemos de eso. Demasiado hacemos con ofrecerle nuestra amistad, óigalo usted bien. Quiero que se entienda también de una manera definitiva. Prohíbo hablar de amor entre los dos.

Luisa. Te ruego madre no seas tan dura con Juan, no ha cometido ninguna falta.

Riv. Antes debí responder a usted, para luego dirigir la palabra a Luisa, pero se también que es usted ma-

dre de la persona a quien yo quiero, y es un deber mío el respetarle. Por esta razón no quiero ni pretendo dilatorias de especie alguna; hace falta y es preciso que termine para siempre esta comedia de amor que hemos sostenido Luisa y yo.—No tiene mas que escoger entre la riqueza de Alberto Morgan y mi pobreza, entre la gran posición de él, que tanto alucina a las mujeres, y mi situación personal, que no tiene entre sus antecesores condes, ni héroes, ni generales, ni nada que pueda revelarme de las condiciones de hombre humilde.—Escoja, pues, entre su soberbia de aristócrata y mi humildad de plebeyo.—Si usted, Luisa, se casara con Morgan, seguramente la conduciría hasta un palacio lleno de ostenta y vanidad. En cambio, si lo hace conmigo, triste es confesarlo, no podría ofrecerle más que un albergue modesto, en donde la sencillez es su rey y la sinceridad su norma.—Con el caballero Morgan alcanzará un puesto de honor en la mejor sociedad, con este pobre médico no podrá tener más relaciones que las de mi madre y de mi hermana que, aunque para el mundo nada representen, para mí son todo lo que en el mundo existe de bueno y de sagrado.—Las lujosas y vanidosas relaciones sociales del gran mundo, terminarán al lado de este marido, sencillamente porque sus posibilidades económicas no lo permiten; y si algún día cambiara esta situación no lo consintiera, por cuanto no pretendería que mi mujer, es decir la mitad de mi vida, exponga su nombre y el mío, lanzándose en el gran remolino de las altas sociedades, en donde abundan los cuervos del vicio, del placer y la deshonor.—No quiero para la que ha de ser mi esposa galardones de oro y raso, ni ricas pedrerías, ni perfumes con los que se engalanan las esplendorosas sociedades como burla sarcástica a la podre y a la miseria, incubadas secretamente en la banalidad de los placeres, en concupiscencia con el amor.

Luisa. Por Dios, Juan, no me martirice, no insulte mi presente no mancillado todavía.

v. de V. Será mejor que usted para ahorrar tiempo y paciencia ofrezca a mi hija una cárcel o una celda conventual.

Riv. Tampoco eso, señora: mi amor jamás se debe confundir con la ultrajante esclavitud. La esposa de un hombre, que ama la altivez, y adora la virtud, es y será siempre la reina del hogar y no pasto de aventureros, bohemios o alcohizados, que andan por el mundo derramando el oro corruptor, que ha de darles aventuras lo mismo en el prostíbulo que al lado de una aristocrática o bella dama.

v. de V. Ya lo he dicho, doctor, quiero que no hablemos de esto; volvamos la hoja si no pretende que terminemos para siempre.

Riv. Con todo el respeto que usted se merece, me permito indicarle que no es usted quien tiene que dar la respuesta que yo exijo, porque ella no tendría la menor importancia para mí; es Luisa, su hija, la que debe hablar y debe contestarme poniéndose la una mano en el corazón y la otra en el cerebro.

v. de V. Ya lo has oído, hija mía; la altanería está llegando hasta el límite; no podré tolerarla por más tiempo, te ruego contestes lo que a una muchacha como a tí le toca, ya que si entramos en el terreno de las comparaciones, ya te lo he dicho, la elección no es dudosa.

Luisa. (En actitud suplicante.) Juan, se lo ruego, no me exija una respuesta inmediata, y si he cometido alguna falta, disculpemela. Si usted decide marcharse, no lo haga herido conmigo; me doldría sobremedura pensar en el resentimiento de una persona como usted, que siempre dió muestras de hidalguía para todos y especialmente para conmigo.

Riv. (Acercándose a Luisa.) No hay Luisa porqué entristecerse hay en la vida tantos amargos desengaños porqué lamentarse; yo no merezco la pena de su melancolía, ni una lágrima ni un recuerdo. El que

con mi alejamiento disminuya el número de sus admiradores, nada significa; por uno que se va, vendrán diez. Yo no me acuso de otra falta que el de no haber detenido su corazón en su leal carrera hacia el amor, amor puro como el que yo se lo brindé.—Si alguna vez, hace falta en su camino el consejo o la ayuda de un amigo de verdad, aquí me tiene y aquí tendrá también un brazo fuerte para defenderla de cualquiera asechanza; y toda mi sangre para verterla si hiciera falta salvarla de algún peligro.

Luisa. (Llorando.) Yo le agradezco a usted, Juan, desde el fondo de mi alma; sólo Dios sabe cuan verdadero es mi reconocimiento para con usted. No se marche, no se vaya usted.

Riv. (En tono imperativo, dirigiéndose a la madre.) Y a usted señora confío un ángel de bondad y de pureza y a quien, como consecuencia de su edad e inesperienza, seducen todavía el placer del alegre vivir y la loca vanidad del mundo. Hágala usted feliz, conduciéndola por la senda del honor, con el consejo sereno y discreto; y con el ejemplo que debe brindar una madre cariñosa y abnegada. No permita usted, ni por todo el oro del mundo que esta flor blanca la arranque ningún roedor, que talvez asecha ya al borde del camino. (Hace una venia y se prepara a salir.)

Luisa. (Corre hacia él y trata de detenerle.) ¡Juan, no se marche usted, no tiene usted porqué hacerlo, me arrepiento de algo que yo he hecho, perdóneme.

Riv. (Deteniéndola con la mano.) Sea usted feliz, Luisa, este es el mejor de mis deseos. (Sale.)

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Personajes:

Caracterizaciones:

<i>Cliente A</i>	De 30 años edad,
<i>B</i>	" 40 " "
✓ <i>Sr. Riego</i>	Ya lo conocemos
✓ <i>Sra. Riego</i>	" la "
✓ <i>Sr. Alberto Morgan</i>	" lo "
✓ <i>Srta. Luisa de Villarreal</i>	" la "
<i>Sra. Juana N. (Obstetrix)</i>	De 30 años, hermosa
<i>Una ayudante</i>	Muchacha
<i>Sra. desconocida</i>	Vestida a la antigua, con presentación de celestina
<i>Srta. desconocida</i>	22 años, bien vestida, simpática, demuestra pertenecer a la clase media
<i>Un chofer</i>	Mozo de plaza.
<i>Una sirvienta</i>	Mujer de pueblo.
<i>Una incógnita</i>	Muchacha, que no es posible caracterizarla, ya que su aparición es momentánea y está cubierta con un velo espeso que le cubre el rostro.
✓ <i>Dr. Juan Rivera</i>	A quien conocemos.
<i>Juez del Crimen</i>	Aspecto de 40 años, con rostro severo y adusto.

La escena se desarrolla tres años después del primer acto, por lo consiguiente las caracterizaciones deben estar de acuerdo con el tiempo transcurrido.

Se trata de una casa secreta de obstetricia; en la primera pieza del escenario, que será una sala de espera, habrá un cuadro con un tilulo, un teléfono, una sombrerera, una mesa central, frascos, paquetes de algodón, remedios, etc. En la pieza siguiente aparecerá al fondo de ella un armario blanco conteniendo instrumental de cirugía, útiles de asepeia, etc.

Cliente A. (Paseándose impacientemente) Esto de esperar es verdaderamente desesperante. (Saca el reloj) Ya

hace una hora que llevo de pasearme; si esto tarda 10 minutos más, me marcharé; puede huirse el mundo.

Ayudante. (Saliendo a escena con delantal blanco) Ud. perdone caballero, no tardará en ser atendido.

Cliente A. Esperaré: mal que no tiene remedio. Ud. señorita qué es en esta casa?

Ayudante A. Parece que mi uniforme lo está diciendo.

Cliente A. Algo presumo, pero no todo.

Ayudante. Presuma todo lo que Ud. quiera.

Cliente A. Ahora entiendo menos todavía.

Ayudante. Cómo quiere que le haga entender, si Ud. se empeña en lo contrario?

Cliente A. Se puede ser explícito?

Ayudante. Ya lo creo.

Cliente A. Hace Ud. las operaciones con la señora?

Ayudante. Sí, caballero, como que soy de su confianza.

Salvo el caso en que la paciente se oponga.

Cliente A. También entran médicos en esta casa?

Ayudante. Sí; la señora los tiene de toda su confianza.

Cliente A. Y cuando la paciente no se opone, qué hace Ud.?

Ayudante. En ese caso corre de mi cuenta el eteroformo, en tener muy a la mano los instrumentos que vayan haciendo falta, en fin, ayudar a bien salir a la paciente.

Cliente. Sabrá Ud. tanto como su principal?

Ayudante. No tanto, la larga práctica de la señora la ha hecho verdaderamente dominadora del arte, en muchos casos los médicos, a pesar de su orgullo profesional, tiene que recurrir a ella; y a pesar también de aquel dicho «quien es tu enemigo...»

Cliente A. Le han acusado alguna vez ante la justicia?

Ayudante. Más de una, y hasta en cierta ocasión fué encerrada en la cárcel por influjo de un personaje que subió muy alto....pero ella afirma que no fué por un deber de justicia sino por una venganza personal, ya que el arte lo aprendió de este mismo médico, en su propia clínica, con la diferencia de que él en su casa de salud cobraba miles por cada operación, y aquí está al alcance de todos los bolsi-

Dos. Así, pues, cuando mi principal puso esta Oficina por su propia cuenta, le hacía la competencia y aquel cirujano codicioso ordenó su apresamiento.

Cliente A. No debe ser exacto.

Ayud. La señora no saca nada con inventar para mí una historia, además, toda la ciudad supo de un atropello de que fué víctima un médico por parecidas razones, cuando ejerció la dirección de una casa de de parturientas.

Cliente. Sabrá Ud. muchas cosas secretas.

Ayud. Claro que las se a pesar de que muchas personas se empeñan en que el secreto no pase de mi señora.

Cliente. Que ella lo guardará reservadamente, desde luego.

Ayud. El éxito de su profesión radica en eso. Hay tantas cosas en el mundo que se las ignora. Es mentira aquello de que las paredes tienen oídos, si todas las faltas de la humanidad se las supiera no alcanzarían las cárceles. Las más de las veces se tiene como ciertas burdas invenciones y calumnias, cuando la verdad criminal está perfectamente escondida debajo de la capa del secreto, pagado a fuerza de oro o de conveniencias sociales o políticas. (Se oyen voces de adentro y llaman a la Ayudante). Voy enseguida. (Sale). (Se oyen pasos de una persona que se acerca, con este motivo el actor que está en escena demuestra inquietarse).

Cliente A. ¡Qué mala suerte la mía, no sólo me ha tocado esperar, sino que voy a tener que encontrarme con toda la humanidad y seguramente contarle mis debilidades. Maldita mujer, mejor habrías hecho en no tener esta especie de trampa en que caemos muchos ratones. (Se acerca a una de las paredes para no ser visto)

Cliente B. (Entrando cautelosamente) Qué bien. Parece que no hay nadie: Qué milagro!

Cliente A. (Sorprendiéndole con una tos) Hola, amigo; de estas tenemos? No había Ud. reparado en que me hallaba yo aquí?

Cliente B. (Turbado.) Pues bien, hombre de Dios, me consuelo, por que parece que de la misma pena padecemos.

Cliente A. Una debilidad. Los hombres, a no dudarlo, somos más débiles que las mujeres, y tú.

Cliente B. Ya sabes que soy casado y, como tal, honesto; pero la pobreza amigo mío tiene cara de hereje. La situación económica por la que atravesamos no da para más hijos, te lo prometo; son una terrible carga por más que se diga que son la bendición del cielo; Dios da la bendición, pero no da la manutención para sus bendecidos.

Cliente A. En qué número estás?

Cliente B. En 4 y 5 si no tomo estas precauciones.

Cliente A. Y ganas poco?

Cliente B. Gano poquísimo, trabajo como un negro para que los que ganan grandes sueldos descansen. El pobre amanuense o Jefe de Sección carga con la responsabilidad y con la parte más dura de la tarea. Si la cosa sale bien, el superior recibe las felicitaciones, aparte del magnífico sueldo.

Cliente A. Y si sale mal?

Cliente B. Ahí Si sale mal, eso mereco la destitución inmediata, aunque la culpa la haya tenido el superior, ya que el inferior no hizo más que cumplir una orden. El nombre del empleado, que se dice ha delinquido por falta de pericia, ineptitud o mala fé, corre de boca en boca, de corrillo en corrillo, con enormes aumentativos desde luego, cuidadosamente corregidos por todos los aspirantes al cargo, que suman cientos. Lo más que se le permite al pobre diablo y, eso en vista de sus largos años de servicio, es presentar su renuncia y luego a la mitad de la calle.

Cliente A. Pero es verdad?

Cliente B. Es pan de cada día. Así verás si no tengo razón de llegar hasta esta casa, que injustamente la denominan «La Casa del Crimen»; Se afirma que esto es un crimen de leza humanidad y estoy por creer que es una obra buena. Cuando se mira la miseria en muchos hogares, cuando se palpa la des-

nudez y privaciones que sufre la niñez desvalida, bien se puede interrogar a tanto padre y a tanta madre, con qué derecho se arroja al mundo niños inermes, que han de sufrir todas las desventuras de la vida? ¡Bien vale la pena de cortar a la humanidad un porvenir incierto e injusto!

Cliente A. Presumo que hay remedios que están en manos de los gobiernos que quieren preocuparse del bienestar social. Nosotros, que representamos al proletariado de levita podemos hechar mano de estos medios por que, al fin y al cabo, están dentro del marco de nuestras posibilidades, pero ¿qué puede decirse de los proletariados de fábricas y talleres que no tienen con qué pagar este crimen y deben forzosamente ver nacer, crecer, vivir y quizás morir a sus hijos en la pobreza, cuando no en la terrible miseria. Yo tengo lo necesario para la vida, pero esto no deja de hacerme reconocer las miserias e injusticias que sufren mis semejantes, conozco compañeros de colegio, de escuela, que viven agobiados bajo el peso de una esclavitud en trabajo mal remunerado, y sobre todo, donde se aleja como fantasma el espíritu de altivez, de dignidad humana, con la dura necesidad de no dejar sin pan y sin abrigo a los seres más queridos: sus hijos.

Cliente B. Ahora dos mil años vino un Cristo a redimir a la humanidad y con su llegada trajo al mundo una nueva era; era que va a terminar ya para dar paso a una más justiciera y más sincera: la era de la igualdad.

Cliente A. En verdad, que esto es inevitable, quizá está sujeto a una ley fatal; pero también antes tendrán que sacrificarse muchos redentores en un nuevo Gólgota.

Cliente B. Creo lo contrario: Para que se abra paso la Justicia tendrán que caer tronchadas la injusticia y los que a ella representan, si no han meditado seriamente en que al que tiene hambre y sed no se le puede responder con la opresión y la barbarie.

- Cliente. A. No lo dudo. Pero eso será para moros y cristianos, para pobres y para ricos, para aristócratas y plebeyos, para humildes y para soberbios. La fuerza bruta, la estulticia y la avaricia estarán al principio con el poderoso y a su mandar incondicional, pero cuando enredados en la refriega, se verá caer las cabezas de seres íntimos esa inconciencia, por espíritu de propia conservación, voltearán las armas contra sus opresores, disfrazados de pastores.
- Obst. (Entrando en escena.) Ruego perdonar la larga espera.
- Cliente. B. Sólo deseaba saber señora a qué hora del día de mañana debe venir mi esposa.
- Obst. Es indispensable que esta noche esté aquí, a las 8 para la aplicación de las laminarias, y con ella acordaremos la hora para la operación de mañana.
- Cliente. B. Entonces, voy a dejar a usted el valor. (Saca algo del bolsillo y entrega.) Es esto?
- Obst. Exacto; pero que no se olvide de venir esta noche.
- Cliente. B. Descuide usted. (Se despide y sale.)
- Obst. (Al Cliente A.) A usted en qué puedo servirle, caballero.
- Cliente. A. Para mi nada, señora, se trata de servir a una persona a quien tengo mucha estimación.
- Obst. Comprendido: ¿Casada o soltera?
- Cliente. A. Es muchacha.
- Obst. Mas delicado el caso; ¿en que mes está?
- Cliente. A. Camina al cuarto, talvez le faltan pocos días.
- Obst. Malo, estas cosas es mejor tratarlas, sobre todo en primerizas, antes de cumplirse los tres meses.
- Cliente. No me inquiete usted, dígame puede ser el caso fatal?
- Obst. Tanto como eso nó; pero requiere bastante cuidado.
- Cliente. Entonces usted me responde de que no correrá mayor peligro?
- Obst. Se lo garantizo.
- Cliente. Muy agradecido ¿y cuanto le deberé por este enorme servicio?

Obst. (Mirando detenidamente al cliente.) Lo que usted guste caballero.

Cielnte. (Sacado unos billetes y entregando.) Será lo suficiente?

Obst. Ya lo creo, es usted muy generoso.

Cliente. Le daría mucho más si me responde de que no voy a envolverme en un crimen; ¡pobrecita!

Obst. Si la quiere tanto ¿porqué no se casa?

Cielnte. Una tía es mi único porvenir, ella me desheredaría, pues la muchacha es pobre, sin nombre y sin fortuna; en cambio mi familia cree en lo ilustre de su apellido y para mí desean una princesa, pero no de arrabal como yo la he escogido.

Obst. Pues, si no hay otro remedio, sea. Hágala venir durante algunos días, lo más temprano que le sea posible, para hacerle lavados intermitentes durante una hora diaria, después de eso procederemos al envenenamiento y por último a la extracción. Con estos procedimientos descuide usted.

Cliente. Vendrá a pesar de que es tan difícil su salida.

Obst. No oye misa?

Cliente. Si, a las seis o seis y media de la mañana.

Obst. Pues nada más sencillo que dedicarse a esta otra misa que es más necesaria para ella, por el momento.

Cliente. (Apretando con sus dos manos a las de la obstetrix.) Seré su eterno agradecido. (Sale.)

(La obstetrix va a entrar al interior cuando entran los esposos Riego.)

Sra. Riego. Ola señora, se puede o no se puede, usted dirá.

Obst. Ya lo creo; siempre las puertas francas para Uds.

Sra. Riego. (Maliciosamente.) No está muy ocupada verdad?

Obst. Siempre un poco; serán tan amables que quieran esperarme unos minutos?

Sra. Riego. Le damos permiso pero por muy poco tiempo.

Obst. Al instante vuelvo. (Entra.)

Sr. Riego. Será verdad que esta señora gana mucho dinero?

- Sra. Riego. Por lo poco que he visto en las veces que he tenido el disgusto de llegar hasta aquí, me parece que gana más que un Ministro; pero alguien que no recuerdo le oí asegurar que había sido víctima, en más de una vez, de explotaciones de individuos sin escrúpulos, que a más de hacerla su amante, la convertían en su caja de caudales.
- Sr. Riego. No me digas, porque es guapa y si tiene ese aliciente ya puedes figurarte que todavía me será más interesante.
- Sra. Riego. Marido, le prohíbo que diga eso ni en broma, no está bien en boca de un caballero. Pues ni así quiero que usted se parezca a ciertos monzalbetes zánganos y alcoholizados que explotan su físico de esa manera verdaderamente vergonzante.
- Sr. Riego. Demasiado me conoces mujer, y no quiero suponer que serán celos de tu parte como no lo sería en igual caso para mí, de una broma de esta naturaleza, somos demasiado liberales para enfadarnos por tonterías. Pero dime, ya que se me viene a la cabeza; al o de esto pasará con nuestro amigo Morgan?
- Sra. Riego. No es difícil, pues, discretamente he averiguado a su Ministro y a su Cónsul y según parece no hay tales giros fantásticos ni tal fortuna de millones. Ni están ciertos siquiera de su auténtica nacionalidad.
- Sr. Riego. Pero eso no importa, es un gentleman, viste a la moda, bebe, juega, da espléndidas propinas a los mosos y paga cumplidamente las cuentas que le presentan, y eso basta y sobra en sociedad.
- Sra. Riego. En verdad que es así. Pero, dime, ¿cómo es que la justicia no toma nota de esta casa?
- Sr. Riego. Debe tener muchos cómplices y tal vez también lo seamos.
- Sra. Riego. Sin talvez, lo somos y como nosotros mucha gente que le ruega, que le solicita constantemente sus servicios. Conozco una amiga, que como la obs-

tetriz se negara a operarla le amenazó con denunciarla a los tribunales de justicia.

Sr. Riego. ¿Y tuvo que operarla?

Sra. Riego. Ya lo creo, salvando su responsabilidad. desde luego, ya que peligraba la vida de la parturienta.

Sr. Riego. Y salvó la operada?

Sra. Riego. Sí; pero es que no quiere decir que como todos los facultativos no haya tenido casos fatales, los unos con titulo y con opción a honorarios y ella con la expectativa de una cárcel. Así se explica que sea una verdadera científica en el ramo.

Obst. (Entrando en escena.) Les he hecho esperar mucho?

Sr. Riego. Muy poco señora.

Obst. No pensaba tener el gusto de tenerlos tan pronto en esta su casa.

Sra. Riego. Ni nosotros, pero ya sabe usted que sucede siempre lo mas impensado y henos aquí a ponernos al alcance de su ciencia y experiencia.

Obst. De mi ignorancia querrán decir; ya que en mí confían debo hacerme acreedora a esa distinción, tanto mas que usted señora es tan oportuna y sobre todo tan previsiva; estoy pues completamente a su mandar.

Sr. Riego. (Levantándose.) Anda hija y sal con bien.

Sra. Riego. Mientras más pronto mejor.

Sr. Riego. Y yo iré a dar una vuelta, le pareco a usted bien?

Obst. Muy bien pensado. (Sale el señor Riego y la obstetriz y la señora entran al interior, quedando la escena vacía.)

Ayud. (Saliendo a escena y llamando al teléfono.) Ola, ola 34-78, ola, con quién?—Diga está el chauffeur Julián?—Que se acerque— ola, ola, ya me conoció?; bueno, venga enseguida,—cortinas serradas, sí, sí (deja el audifono).

(Entra al despacho una muchacha bonita acompañada de una señora de manta, habla con la ayudante algo que el público no oye.)

Ayud. No será posible ahora, la señora está ocupada, vengan ustedes mañana. ¿Hizo lo que le indicé ayer?

Muchacha. Sí comonó, pero le ruego que no pase de mañana, la entrada en esta casa me causa horror.

Sra. Manta. La entrada no debe causarle nada, debe causarle vergüenza de la salida. (Se despiden y salen.)

Ayud. (Viéndoles marchar.) Mogigata, parece que no ha roto un plato.

(Se sienta en un sofá.) Qué cansancio, dejaré un momento de trabajar (suena una bocina de auto y llega un chauffeur y habla con la ayudante en compañía de quién entra adentro, saliendo inmediatamente con una persona en brazos, la misma que no puede ser mirada por el público porque lleva la cara cubierta de un espeso velo.)

Ayud. (Volviéndose a sentar.) Ya safumos de ésta mercancía que había que ponerle un letrero «con cuidado». Menos mal, que nos deje en paz.

(Entra una mujer de pueblo y dá al ayudante un papel que ésta lo lee cuidadosamente.)

Ayud. Diga a su patrona que no haga otra cosa que la indicada. La cola Astier es para reconstituirse, el Luconol para labados, y el antiflogistino para los emplastos que ya le hemos indicado. Si quiere hacer lo que le parece no hace falta que mande a consular.

Mujer Pueblo. Está bien señorita, así lo diré. (Sale.)

(Suena el timbre del teléfono, atiende la ayudante.)

Ayud. (Por teléfono.) Sí, con la misma. — Con la ayudante, yó con quién? Ah, sí, señor Alberto, no puede, está ocupada en este instante; qué es lo que debo decirle? Está bien, vuelvo, espere la contestación.

Obst. (Saliendo en traje de trabajo y acercándose al teléfono.) Ola, ola Alberto, qué me quieres?, dí, te escucho. Ah ya, solo una santa o un borrico puede consentir estas cosas porque al fin y al cabo por más que haya pasado lo nuestro, no soy de palo ni hechura de carpintero, y a la que le duele le duele.

(Se ríe.) Como dispongas bribonazo, pero será la última vez, te lo advierto, no habrá ni súplicas ni lágrimas que valgan, ya lo sabes. Siempre dejas para última hora, eres un bárbaro.—Bueno, pronto, ya no atenderé a nadie más que a tí, cuando más después de diez minutos estaré a tus órdenes.—Vente sin cuidado.—Está bien. (Llamando a la Ayudante.) Cierre la puerta del pasadizo y a quien me viniera a buscar que no estoy así. Vendrá Alberto, sólo a él y a su compañera le hace pasar.

Ayud. Está bien señora, voy enseguida (sale por una puerta y la obstetrix entra a las habitaciones internas.) (La Ayudante grita desde afuera.) El auto del señor está ya aquí.

Sra. Riego. (Contesta desde adentro.) Ya salgo. (Sale acompañada de la obstetrix.) (Mirándose en el espejo.) Caramba que estoy pálida, no importa, la prosa lo tapa todo, además no llevo letrero en la cara. (Se pone polvo mirándose al espejo.) (Vuelve a sonar la bocina del auto.) Vaya con mi marido. (Dirigiendo la palabra a la obstetrix.) Hasta la vista Juana, le agradezco como siempre.

Obst. No tiene usted de que agradecerme, señora, que todo le sonría en la vida. (Gracias, se despide y sale.) La obstetrix le ve salir y dice: (Esta es una mujer varonil, además no deja pasar ni una quincena; que todas fueran siquiera previsivas. (Entra.)

Ayud. Pase usted señor Alberto, la señora la espera. (Entra Alberto acompañado de una persona que va vestida de negro y que lleva la cara cubierta con un espeso velo.)

Alberto. (Imperativamente.) Diga a la señora que estoy aquí.

Ayud. Saldrá enseguida, vuelvo. (Entra.)

« (Regresándose.) ¿Anunciaré también el nombre de la Señorita?

Srta. Incógnita. (Molestada.) No hace falta. (Se enjuga unas lágrimas.)

Sr. Morg. Te ruego no te aflijas Luisa.

Incóg. Debo ponerme muy alegre verdad? (Llora.)

Morg. No he querido decir eso, pero tampoco hay para desesperarse.

Ayud. La señora suplica esperar un instante. (Viéndola llorar.) ¿Porqué se apena la Señorita?; No se aflija.

Incóg. (Airada.) No amiga mía, las mujeres sobre las cuales pesa una culpa como la mía no merecen compasión sino desprecio.

Sr. Morg. Ya le he rogado yo que no se lamente; esto tiene remedio, ya nos casaremos y no habrá para lamentarse, te lo prometo.

Incóg. Te imploro de rodillas, Alberto, evítame este paso, si tienes intensión de ser mi esposo ¿porqué quieres enturbiar el agua que has de beber? Casémonos en secreto y así habrás librado a una mujer de la angustia y el terror que le inspira un crimen horrendo. No seas inclemente, te lo ruego por la memoria de tu madre a quien me has asegurado la quieres tanto.

Sr. Morg. Ya he dado mi palabra y espero la cumpliré, pero ahora es imposible porque razones demasiado grandes me lo impiden, ya que la fatalidad se ha cruzado en nuestro camino, precisa destruirla primero para luego ir en pos de la felicidad que tanto apeteecemos; pero este momento te pido, a mi vez, no insistas, hemos llegado hasta aquí y hay que proceder cuanto antes.

Incóg. (Agachando la cabeza.) Sea, será mi destino, cúmplase la voluntad de Dios.

Obst. (Entrando en escena, sin ver a la Incógnita, que se halla en un ángulo de la pieza, y dirigiendo la palabra a Morgan.) Ola, picarísimo, otra vez por aquí? Porqué no ha venido tu compañera, quién es ella?

Incóg. (Acercándose y descubriéndose el rostro y mirando frente a frente a la obstetrix.) No está sólo señora, está también su amante.

Obst. (Dando un grito de espanto al verla a Luisa.) ¡Es usted Luisa, no me lo habría figurado jamás; no sabía quién era la persona que iba a venir con Mor-

gan, porque de saberlo me habría negado a que pasara usted este sonrojo. Créamelo, Luisa, lo siento muy de veras.

Luisa. (En tono de amargura.) Yo tampoco me suponía que era mi hermana de leche quien iba, con los años, a presenciar una escena criminal de Luisa, de esa Luisa de la infancia; pero de saberlo, también habría venido, ya que usted, Juana, por lo menos, me tendrá compasión. ¿Qué es lo que debo hacer? Deme un consejo. Arrójeme de su casa, ya que ni en ella debe recibirme.

Obst. (Conmovida.) No, Luisa, no es usted la única que es sacrificada por el amor y el crimen de los hombres; cálmese usted, ha venido a mi casa y de ella saldrá con honor, se lo aseguro. (Dirigiéndose áspe- ramente a Morgan, que presencia atónito esta esce- na.) Y usted Morgan ¿por qué quiere una víctima más cuando esto puede arreglarse procediendo ca- ballerosamente.

Morg. No comprendes, Juana, que si no lo he hecho antes no es por falta de consejos, sino porque causas aje- nas a mi voluntad me lo imposibilitan por el mo- mento?

Luisa. (Suplicando a Juana.) Sí, Juana, a mis ruegos una los suyos. Es un crimen sin nombre lo que hace Al- berto conmigo; me abandona cuando más necesito de su ayuda, me niega su nombre en el preciso mo- mento en que un ser inocente, que está por venir al mundo, lo reclama. Interceda usted por mí, qui- zás sus ruegos puedan más que mis lágrimas.

Obst. Hace usted bien en confiar en mí Luisa. Yo le ofrezco salvarla exponiendo, si fuere necesario, has- ta mi vida.

Luisa. Gracias mil, Juana.

Morg. (Interrumpiéndolas bruscamente.) No entiendo la razón de esta terquedad ante el remedio inmediato.

Obst. Lo diré de una vez por todas, Alberto; Luisa, usted no debe ignorar que no es la primera víctima de este hombre, pero le aseguro que sí será la última

Yo he sido su cómplice, mitad por amor, mitad por miedo; pues su guapeza de hombre me sedujo, y su cinismo y valor de aventurero me han esclavizado por mucho tiempo a él. Pero esta vez le aseguro que se acabó para siempre para mí. La presencia de Luisa, la compañera de mi infancia, la niña adolescente que amamantó de la misma leche me da valor para enfrentarme con este hombre hasta el heroísmo.

Morg. (Turbado y encolerizado.) ¿Qué es lo que has dicho, Juana? Te prohíbo que continúes haciendo una comedia que jamás existió entre nosotros dos.

Luisa. (Aterrada.) ¡Qué es lo que oigo! ¡A qué hombre me he confiado, en quién he confiado mi corazón y mi vida! Estoy perdida para siempre.

Obst. (Viendo la desesperación de Luisa.) Luisa, no desespere usted, los peores calaveras, muchas veces, fueron los mejores maridos. Alberto la salvará y yo estoy además en la obligación de ayudarla, mi madre acarició su frente y usted es mi hermana.

Morg. (Encolerizado.) Esa gratitud que usted invoca no ha de servir para imponer su voluntad, que, si de gratitud habla, también debe recordar que Alberto Morgan le ha librado, en más de una vez, de caer en manos de la Justicia.

Luisa. Quiero no ser testigo de dolorosas añoranzas, quiero perdonar y que se me perdone. Pido sólo un poco de compasión.

Obst. Por última vez, Alberto, uno a las súplicas de Luisa las mías. Escuche los ruegos de ella y los míos, que también le supo querer.

Morg. (Tercamente) Hemos hablado lo suficiente, no hay tiempo que perder, quiero que se proceda o me marcharé.

Obst. (Encolerizada) Basta ya de esta comedia, más que ridícula, cobarde. En mi pecho se han anidado a la vez el odio y el amor, seré terrible. Hasta ayer fuí tu querida, tu cómplice, tu esclava, y aún más, tu banquera; disfrutaste libremente de mi cuerpo y de

mi dinero, ganado criminalmente; hoy empieza mi venganza y redencion, que la ganaré comprando el honor para Luisa, ya que para mí no he podido alcanzarlo. Te casarás con Luisa; no es una súplica, es una orden terminante y definitiva.

Morg. (Cínicamente) Amenazas, ¿verdad?

Obst. Como gustes.-(Se oyen fuertes golpes a la puerta)

Ayud. (Entrando apresuradamente) Señorita, señorita, el Juez del crimen solicita entrada.

Morg. (Burlescamente) Ah!, parece que vamos a necesitar de mi ayuda; Juana: a tus órdenes.

Obst. Te equivocas, me bastaré sola.

Morg. Ja, ja, ja ... Ya lo veremos.

Obst. (Dirigiéndose a la ayudante) Que pase enseguida. (dirigiéndose a Luisa y a Morgan). Tengan la bondad de esperarme adentro. (Entran)

J. del C. (Entrando en escena) Señora, Ud. perdone que haya insistido.

Obst. El señor Juez dirá.

J. del C. Ya comprenderá Ud. que es para mí muy penosa esta visita, pero debo cumplir con mi deber: hay tantas denuncias que han llegado hasta las cortes de Justicia. Lo más que he podido hacer es venir solo, sin atraer atencion alguna.

Obst. (Serenamente) Ha hecho Ud. bien, señor Juez; tanto más que se trata de un asunto que nos interesa a los dos por igual, ya que es Ud. también mi cómplice.

J. del C. (Intranquilo) La cuestión que nos ocupará no es personal, así que esa complicidad a que Ud. alude no la entiendo, ni quiero entenderla.

Obst. Sí la entiende Ud., lo está probando la llegada suya hasta aquí sin su Secretario en prevision sin duda de que yo haga valer una tarjetita suya recomendándome, hace dos años, a una cliente, tarjeta que la guardo cuidadosamente

J. del C. (Molestado) Ud. me injuria, señora; además esas amenazas no rezan conmigo, voy a darle una prueba.

(Se dirige hacia el interior).

Obst. (Interponiéndose en la puerta) No olvide, señor Juez que operé a una querida suya por su propia recomendación, es pues Ud. mi cómplice.

J. del C. (Riéndose burlescamente) Así fuera, nada tendré que ver con eso, y si es eso una razón para detenerme en la inspección que debo hacer, será también para mí un motivo de suposición más de que hay algo muy grave aquí. En esta virtud Ud. me dejará pasar si no quiere que haga con todas las formalidades del caso, lo que debo hacer; no olvide que bastará llamar por teléfono para hacer llegar hasta aquí a más de un agente de policía (Nuevamente intenta pasar)

Obst. (Enfurecida, le da un empujón que le hace retroceder bruscamente) Si no he conseguido nada por medio de la súplica, le aseguro que conseguiré con la amenaza de la deshonra para su propio hogar. Pase Ud. si le place, pero tenga entendido que el nombre de su hija adorada, Soledad, será el primero que salga a la publicidad. Probaré que su candoridad y su inocencia son una farsa, puesto que ha estado ella aquí en esta casa operada, a los cuatro meses de haber concebido, y es tan criminal como lo soy yo y como lo es Ud. (Sarcásticamente) Pase Ud. señor juez. (Deja la puerta libre)

J. del C. (Alzando los puños en alto) ¿Qué es lo que a dicho Ud., mujer criminal?. Se atreve Ud. a tomar el nombre de mi hija, para deshonrarme? Me prueba Ud. lo dicho o la mato como a un perro rabioso. Mi hija es completamente inocente de esta infame acusación. Ella no ha tenido más enfermedad ni más ausencia de mi casa que al ser arrollado por un auto.

Obst. (Riéndose cínicamente) ¡cuán fáciles son de engañar los padres. Aquel atropellamiento fué un mero ardid empleado por mí para que pudiera asistirse en una clínica, ya que después de la operación, un salto imprudente de ella le produjo una hemorragia que estuvo a punto de quitarle la vida

- J. del C. (Violento) Mentira, mil veces mentira; ese atropello fué auténtico: he hablado con el chofer, ella dió detalles completos del acontecimiento y hubo testigos en el lugar mismo del suceso.
- Obst. Ya lo creo que el atropello se lo pudo simular a las maravillas. Una muchacha que va a pasar frente a una clínica, un auto que también pasa, que frena violentamente, una mujer que se desmaya, unos hombres que le ayudan a subir, a dónde? A una clínica, que felizmente está a pocos pasos. Luego, la atropellada que declara que no es cosa mayor, apenas uno que otro golpe, y sobretodo, que no se olvida de indicar que ella fué la única responsable; que el chofer es perfectamente inocente, etc., etc., etc.
- J. del C. (Sentándose como un autómatas en una banca y cogiéndose la cabeza) Esto no puede ser, Dios mío, no puede ser.
- Obst. Recurriré a su propia declaración, si hiciere falta. Siento mucho haber tenido que hablar, contrariando una vieja costumbre; pero si el secreto de una mujer por ser hija de una autoridad debe ser callado, ese mi no derecho le asiste a otra cualquiera; esto es lo que he defendido.
- J. del C. (Anonadado) Me parece un sueño esta terrible revelación. Me ha matado Ud. (Levantándose lentamente) ¿Puedo a cambio de mi silencio y complicidad punible, saber el nombre del seductor?
- Obst. Me está vedado.
- J. del C. (exasperado) Le está vedado decir el nombre de un canalla y no lo estuvo al arrojar fango a la cara de mi hija.
- Obst. Su violencia me obligó a ello; lo lamento.
- J. del C. (Alzando la voz y acercándose airado a la obstetriz) O me dice Ud. su nombre o creeré que todo es una infamia de Ud.
- Obst. Me afirmo en lo dicho y me niego a dar el nombre del seductor.
- J. del C. (En actitud amenazante) Alguien debe pagar aquí la culpa y lo será Ud. si no consigo saber su nom

- bre (Alza los puños para descargar sobre la obstetrix.
- Morg. (Saliendo repentinamente) Aquí está el seductor de su hija.
- J. del C. (Mirándolo con asombro) Ah! es Ud., Morgan, lo sospechaba. (Saca algo del bolsillo) Miserable. (Suenan dos disparos).
- Morg. (Cayendo pesadamente sobre un diván y teniéndose con las manos el estómago, y hablando con muestras de ahogo) Tiene Ud. perfecto derecho, señor Juez.
- Luisa. (Saliendo precipitadamente al ruido de los disparos) Alberto, Alberto, ¿qué te pasa? Por Dios, se muere, un médico por favor!
- Ayud. (Que llega también) (Se acerca al teléfono) Señorita, un médico; sí el más cercano, es el caso de suma urgencia.
- J. del C. (Arrojando el arma al suelo) ¿Qué es lo que he hecho? soy un asesino, que se me prenda, no huiré.
- Morg. (Dirigiéndose a Luisa, que se halla arrodillada junto a él) Luisa, voy a morir como justo castigo a mis desmanes, quiero que me perdones y que perdones a mi matador, ha hecho bien; si tú tuvieras padre, habría cumplido con su deber.
- Luisa (Desesperada) No, Alberto, no morirás; debes vivir para darme tu nombre. Sí quiero que vivas.
- Dr. Rivera (Entra en escena, con el sombrero puesto y llevando un maletín en la mano, mira a Luisa y da un grito de sorpresa).
- Luisa (Vuelve la cara, mira al Dr. y cae desmayada; la ayudante y la obstetrix la llevan en brazos hacia adentro).
- Morg. (Incorporándose, pero siempre dificultoso en el hablar) No es cierto que nadie me ha herido Dr. Rivera, el Juez falsea la verdad; fui yo quien disparé casualmente, quiero que conste esta declaración antes de mi muerte. Quiero que nadie sepa de esta tragedia, esta mi última voluntad, en mi cartera llevo una carta que dice de mi resolución de matarme y

Ud. Dr., cogiéndole las manos, quiero que me perdone; me lo jura Ud?

Dr. Rivera. Se lo juro. (Se acerca para atender la herida)

Morg. (Lo rechaza con las manos) (Cae desplomado de la banca al suelo).

Dr. Rivera. (Poniéndole la una mano en el corazón, y sacándose el sombrero) Todo ha terminado, está muerto.

Obst. (Entrando y viendo el cadáver de Morgan) Hasta hoy la vieja y profunda cañería, que lame los cimientos de esta casa, ha arrastrado en sus turbias aguas cuerpos de inocentes criaturas; hoy, por primera vez, llevará el cuerpo de un culpable.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

Personajes:	Caracterizaciones:
✓ <i>v. de Villareal</i>	Ya la conocemos
✓ <i>Dr. Juan Rivera</i>	" lo "
✓ <i>Juez del Crimen</i>	" lo "
✓ <i>Dr. Mendieta</i>	Medico joven, compañero del Dr. Rivera
✓ <i>Srta. Alamor</i>	Ya la conocemos
✓ <i>Practicante,</i> <i>Un sacerdote</i>	" " " Caracterizado y con aspecto de bondad,
✓ <i>Juana, la Obstetrix</i>	Ya la conocemos

Miss en escena y decorado

Una pieza de recibo, al parecer cercana a la que ocupa Luisa, que se halla enferma de gravedad, con dos puertas, una de entrada de los actores y otra que conduce al interior de la casa. El vestuario: de acuerdo con las circunstancias del momento y las caracterizaciones 3 años después del primer acto,

J. del C. (Conversando con Riv.) No sé lo que debo hacer, doctor, la tranquilidad ha huído de mí. Como Uds. lo saben, traté de entregarme a la justicia, pero se me lo impidió. No estoy seguro de haber hecho bien al no presentarme voluntariamente.

Riv. Habría sido yo el primero en aconsejar esa conducta, pero también he consultado mi conciencia, juez implacable, y ella me dice que hice bien en impedir a Ud. esa declaración. La voluntad de Alberto Morgan fué además ésa, de que se ocultara el crimen; quizás sus muchos desmanes le indujeron a no querer que sea castigado un delito que en verdad, resulta una justa sanción. «Que todos me perdonen y

que quede mi muerte sepultada en el misterio, además, lo afirmado por el doctor no es cierto, soy yo quien he disparado, esas fueron, como recordará Ud., sus últimas palabras.

J. del C. Exacto.

Riv. Revisados los papeles de su cartera se encontró la declaración terminante de que se quitaba la vida. Esto prueba que él tenía la resolución de hacerlo, quizás, que es lo más posible, por que le estaban ya cerradas las puertas del crédito.

J. del C. Francamente sólo Dios puede descifrar este enigma. Iba a casa de una mujer, que a más de haber sido su amante por mucho tiempo, era su esclava y de la que nada tenía que temer; y sin embargo llevaba en su cartera papeles que demostraban hasta la evidencia su resolución de quitarse la vida o dejársela arrancar por cualquier agraviado. Se puede explicar esto?

Riv. También me he perdido en conjeturas y no he podido sacar otra conclusión que esta, que si no es la más acertada debe estar muy cerca a la verdad.

J. del C. Dígala Ud.

Riv. Las fuentes de sus entradas se le agotaron, como se han agotado a todos, durante esta grave crisis, por la que atraviesa el mundo.

J. del C. Y cuáles serán las que él tenía?

Riv. El juego, las apuestas por todo lado, las mujeres a quienes, hemos podido comprobar, explotaba y, por último, el crédito que parece que en sus buenos tiempos lo tenía en gran escala. Pero todo tiene su fin, como tuvo principio: en este momento, nadie juega, no había, en consecuencia, a quien ganar, por buenas o malas artes; las mujeres, unas como Juana se cansaron de continuar llenando sus bolsillos, y el crédito, como consecuencia lógica de lo anterior, fué cerrado totalmente; tanto que, supe que en días anteriores a estos acontecimientos le fueron protestadas letras y cheques girados por él; cosa que no debe haberlo tenido muy tranquilo.

J. del C. Conozco de esto.

Riv. Volviendo a la confesión de su delito, debo indicarle que el secreto aquel no le pertenece todo por entero; la justicia, como un acto de reparación social, vería la manera de atenuar el castigo para Ud. No así para su hija, para Luisa y para Juana, sobre quienes recaería la sanción penal inflexible, ya que pesa sobre ellas la responsabilidad inmediata del infanticidio. Los códigos, por más que se dice fueron elaborados para resguardar la vida y el honor de las sociedades, no permiten que ese honor se lo deje incólume por medio de otro crimen, por que a la verdad no habría necesidad de esos códigos si nosotros por nuestro propio empeño limpiáramos la mancha. Así una mujer que concibe un hijo nada más fácil que desembarazarse de él y matar al seductor.

J. del C. Al hacer mi confesión pensé ocultar la verdadera razón para no comprometer a las demás personas.

Riv. La verdad en casos como ésta es imposible ocultarla parcialmente, se la oculta totalmente o nada. La justicia está en el deber de indagar, de auscultar, como lo hacemos los facultativos, hasta dar con el verdadero origen; y, al fin o al cabo, sale nítida, sin componendas de especie alguna. Ya puede admitir el sacrificio de una persona cuando esto no va a acarrear grandes males a otras, que si no son inocentes, purgada está su falta, como en el caso de Luisa, Soledad y también de Juana. Ya lo he dicho, y lo repetiré como supremo argumento, Morgan, desde el profundo abismo a donde fué arrojado, nos ordena silencio; debemos, pues, respetar la voluntad del fallecido.

J. del C. Sea, doctor, las palabras de hombres como Ud. me dan valor.

Riv. Descanse tranquilo.

Srta. Alamor (Entrando a escena) Buenos días caballeros: cómo sigue Luisa?

Riv. Todavía, la enferma no experimenta mejoría alguna.
Alamor. Muy sensible. Aquí va a dejar Ud., doctor, empeñada su justa fama de facultativo admirable, alcanzada en tan corto tiempo.

Riv. (Señalando hacia adentro) El Dr. Mendieta y yo estamos haciendo lo que está a nuestro alcance.

Practicante. (Saliendo con bata de trabajo y dirigiéndose al Dr. Rivera) Dr., el doctor Mendieta le espera.

Riv. (Sale) Uds. perdonen.

Alamor. (Conversando con el J. del C.) A qué cree Ud. caballero que obedesca esta enfermedad repentina de Luisa?

J. del C. Quién sabe, señorita, hay tantas cosas en la naturaleza verdaderamente incomprensibles.

Alamor. Sobre todo en cierta edad, verdad? Y aún se asegura que Alberto Morgan es el causante de todo esto, con su marcha, mejor dicho, con su precipitada fuga.

J. del C. Quizás eso ha sido un factor, naturalmente.

Alamor. Me informaba ayer la señora Moranti, con quien parece Alberto tenía mucha amistad, sí, mucha amistad (recalcando) que debía el señor Morgan partir para Francia en estos mismos días, para lo que tenía listo el pasaporte para dicha nación.

J. del C. Me habían afirmado que pensaba radicarse entre nosotros y quizás formar un hogar.

Alamor. Morgan fue misterioso y enigmático hasta en sus amores, cuando se decía que había pedido la mano de Luisa, pocas, muy pocas de sus amigas creímos en la seriedad de este compromiso.

J. del C. Pero era un deber de amistad ponerle en guardia.

Alamor. Nadie se atreve a eso en sociedad (Riéndose). Además en el flirteo va hasta el noviazgo.

J. del C. Excelente manera de hacer el amor.

Alamor. Tampoco en sociedad se admite averiguar pormenores, basta y sobra con lo presente, es decir: con saber que es un gentleman en todo momento, siempre listo a una invitación, para un baile como para asis-

tir a un traslado fúnebre, para dar la cuota para el club, como para comprar un botón de la Cruz Roja, para un desafío con un marido agraviado, como para brindar alegremente por el amor. El de dónde tenga para el derroche y el lujo, no hace falta averiguar. Mil dineros gastados al mes, hace más que mil años de buena conducta. Una frase galante y dicha con soltura y donaire vale más que un acto de valor o de justicia. Un beso atrevido conquista más honor y celebridad que los galones de un general.

J. del C. Y su nacionalidad?

Alamor. Ninguna de sus amigas supo este particular a punto fijo. Al lado de una francesa, se declaraba tal, y aún la conquistaba en esta lengua; con una italiana era italiano de verdad, y así sucesivamente, pues hablaba correctamente varios idiomas; (picarezcamente) aunque parece que el idioma que mas dominó ultimamente fué el español.

J. del C. Para tanta maravilla debe haber poseído una inmensa fortuna.

Alamor. Ya lo dije, señor juez, las grandes sociedades averiguan menos y perdonan más. Nunca hubo una base real para tanto dinero tirado alegremente. Era audaz, valiente y simpático.

J. del C. Explotaba por lo consiguiente el físico con verdadero cinismo?

Alamor. Sí,

v. de V. (Entrando en escena) Se puede saber en qué conversación interesante se hallan Uds.?

Alamor. Preguntábamos y comentábamos la enfermedad inesperada de Luisa.

v. de V. El estado de mi hija parece que nada ha cambiado, quizás la encuentro peor.

Alamor. Y de Alberto Morgan, tampoco tiene Ud. noticia alguna?

v. de V. Hace, varios meses de que aquel caballero, en vista la negativa rotunda de parte de Luisa y mía,

parece haberse desengañado, razón por la que no tiene por qué interesarle la salud de mi hija.

Alamor. (Con malicia o incredulidad) De veras?

v. de V. No podía ser de otra manera, ya que se trataba de un aventurero de quien no se sabía apunto fijo de dónde venía ni a dónde iba.

Alamor. Me parece que he oído a Luisa que era de su agrado ese matrimonio, a pesar de que ella quería más tiernamente a otra persona que no le gustaba a Ud.

v. de V. Nunca, hija mía, ni por un momento acepté en principio siquiera esos amores descabellados con Morgán; demasiado conocido era él como pernicioso para las mujeres.

J. del C. En verdad es harto rara esa su afirmación, ya que en toda la ciudad se hablaba del próximo enlace de su hija con el caballero Morgan.

v. de V. (Turbada y molestada) Ya he dicho que no es cierto y me parece que decirle es suficiente para que se me crea.

(Entran en escena los doctores Rivera y Mendieta)

Riv. Es preciso hacerle saber señora que el estado de su señorita hija es de bastante cuidado.

Mendieta. Ratifico las palabras de mi colega.

v. de V. En sus manos doctor he puesto a mi hija, Ud. me responderá por su mejoría. Además de que nos liga razones de estrecha amistad, tiene Ud. para ella un lazo espiritual, que debe valer en Ud. como todo un mundo. Demasiado hemos oído hablar de su ciencia y talento profesionales para dudar ni por un momento de que Ud. le devolverá la salud.

Dr. Riv. Mi deber es hacer todo lo posible por conseguir el restablecimiento de la paciente, y en este caso no me ligan otros lazos que los que no puede tener el facultativo con la enferma. En cuanto a la amistad con la que usted me honra, estoy reconocido, debiendo hacer incapie sí, en que no pretendo entroques de especie alguna ni con la hija ni con su madre.

v. de V. (Avergonzada) ¿Es tanta la gravedad de mi hija que Ud. no puede responder de su mejoría?

Dr. Riv. Tengo fé siempre que estoy a la cabecera de un paciente, pero hoy, a pesar de todo, veo que la enferma no recupera nada de su salud

Dr. Mendieta. Señora; si la ciencia de mi colega, nada alcanza le aseguro a Ud. que no habrá persona por científica que sea, que pueda salvarla. Sin embargo precisa no perder la fé.

v. de V. Por Dios, Doctores, les ruego encarecidamente agoten todos los medios para salvar a mi hija de las garras de la muerte.

Srta. Alam. (A los ruegos de su madre uno los míos, pues quiero mucho a Luisa.)

J. del C. ¿Es tanta la gravedad?

Dr. Riv. (En voz baja al J. del C.) A pesar de todo daría mucho de lo más preciado para mí por salvarla.

J. del C. (En igual tono de voz) La quiere Ud. todavía Dr.?

Dr. Riv. ¡Habría querido olvidarla!

J. del C. (Confidencialmente) Por lo que he escuchado, la madre no sabe la verdadera enfermedad de su hija?

Dr. Riv. No la sabe, no debe saberla. He hecho hasta este momento, lo posible por ocultar la verdad, a pesar de que apenas tengo valor para callar. Ella, solamente ella es la responsable de todo lo sucedido; pero hay que tener serenidad, y guardar la verdad para sí solo, tanto más que toda la deshonra caería sobre Luisa por su falta de experiencia.

J. del C. Cumple Ud. con un sagrado deber de facultativo, y además con un imperativo de caballero.

Riv. ¡El cariño es más fuerte que el odio!

(Hace una seña el Dr. Mendieta, y entran con él al anterior, con ellos entra también la madre de Luisa)

Srta. Alam. Por el semblante del Dr. Rivera comprendo que Luisa no está bien.

J. del C. ¡Pobre doctor! Sufre enormemente al ver la impotencia de la ciencia ante el avance de la muerte que parece quiere hacer en el mundo una nueva víctima.

Srta. Alam. Debe ser muy grande su sufrimiento, tanto mas que fué también muy grande su cariño hacia Luisa, su primer amor arrancado por un rival como Morgan, falto de escrúpulos.

J. del C. Y porqué Luisa no habrá aceptado el cariño del doctor Rivera?

Srta. Alam. La madre le hacía al doctor una tremenda guerra; las mujeres somos así, casi siempre nos ciega la vanidad, de esto se aprovechó Morgan para ganar el corazón de Luisa. Hoy, dada la fama y posición social alcanzada por Rivera, habrá ahora para arrepentirse.

(Entra en escena un sacerdote de aspecto venerable).

Sacerdote. (Inclinándose en saludo). He sido llamado con alguna urgencia, puedo saber a quién es que debo prestar mis auxilios espirituales?

Srta. Alam. Sí reverendo Padre: debe ser para que atienda la confesión de Luisa que está gravemente enferma.

Sacerdote. (Admirado.) Es Luisa mi hija de confesión?; malo, muy malo; hace algún tiempo que no le he visto acercarse al asiento del penitente. Pero mas vale tarde que nunca. Están aquí los médicos del cuerpo, mucha falta debe hacerle el de el alma; esto también da vida, amigos míos.

v. de V. (Saliendo a escena.) Padre, qué satisfacción siento al verlo. Fué Luisa la más empeñada en su venida, necesitamos todos de una persona como usted en esta hora de dura prueba.

Sacerdote. Han hecho ustedes bien en acordarse de éste servidor de Dios. Tendré mucho gusto en estar cerca de ustedes y darles valor y confortarles, si hace falta.

v. de V. Me parece, reverendo Padre, que los facultativos me ocultan el verdadero estado de mi hija; no sé a punto fijo la dolencia que le aqueja. La ansiedad que he notado pintada en sus rostros me hace comprender que un peligro inminente se cierne sobre nosotros. Que Dios me dé fuerzas Padre, pues, seguramente no podría resistir a la desaparición de mi hija idolatrada. Siento en este instante todo el peso de mis culpas, cuando Dios me quiere mandar esta tan dura prueba. Le ruego que usted la vea, la oiga y la oscuche y me diga la verdad por dolorosa que ella sea.—Me va matando la incertidumbre, y la terrible angustia de que mi hija sucumba. Si esto sucede que se cumpla el mandato Divino, pero llevándome también a mí, pues no quiero sobrevivir a mi hija (se pone a llorar). Me dice la conciencia que es mía la culpa, que yo la he hecho infeliz, que la he conducido hasta este calvario, aunque sabe Dios también, que siendo error de mi parte, pensé en su porvenir, en su vida misma.

Srta. Alamor. También creo yo, como el padre, que sanará. Además, Luisa estaba hasta ayer tan bien de salud; que no alcanzo a comprender como se puede llegar al borde del abismo de un día para otro.

J. del C. La verdad es que hace muy poco tiempo la señorita se hallaba en goce de los dones que le ha prodigado con largueza la naturaleza. Pero esa misma naturaleza es la que no respeta nada para dar su zarpazo. Creamos firmemente en que sanará y la volveremos a ver pronto hermosa y alegre como siempre regando en el camino de la vida, gracia y alegría que tan simpática le hacía a todos los que la trataban.

Srta. Alam. No hay porqué desesperar, tengamos paciencia y sobre todo fé.

J. del C. Mientras el espíritu no abandone su capa carnal, ninguna esperanza será fallida.

v. de V. Ustedes me dan aliento, fe y esperanza, Dios les bendiga.

Sacerdote. Apenas salgan los facultativos, yo estaré junto a ella. Ellos son los médicos del cuerpo y yo del alma, que también necesita atención. Aunaremos esfuerzos y lucharemos contra la parca si quisiera arrebatarla.

(En este momento entran en escena los facultativos).

v. de V. Vamos, Padre, Luisa está ansiosa de verle y ansiosa de oír su palabra en nombre de Dios.

Dr. Riv. (Saludando al sacerdote). Efectivamente, su presencia, Padre, le hará mucho bien, vaya usted con Dios.

Srta. Alam. (Con curiosidad). Diga usted doctor ¿cómo la encuentra a Luisa en este momento?

Dr. Riv. (Mirando al doctor Mendieta en señal de entendimiento). Tiene mucha fiebre, además una brusca complicación a los riñones como consecuencia inmediata de una anecccitis aguda.

Srta. Alam. Cuando estuve allí me pareció que había mucha sangre arrojada, cosa que la empalidecido dándole un aspecto cadavérico.

Dr. Mendieta. Naturalmente; si ha habido también fuertes hemorragias nazales como razón de la alta temperatura.

Srta. Alam. ¿Salvará doctor?

Dr. Riv. Nuestro deber es agotar todos los recursos que la ciencia nos ha enseñado.

Srta. Alam. (Dirigiéndose hacia adentro). Apenas salga el sacerdote iré a verla, pobre amiga mía.

Dr. Mendieta. (Tratando de retenerla). Señorita: lo aconsejado en estos momentos es dejarla sola para que pueda reposar y así cese la excitación nerviosa de que está atacada.

Srta. Alam. (Entrando). Está bien doctor, seguiré sus instrucciones.

Dr. Riv. Esta amiguita, a más de demostrar cariño para Luisa, a demostrado también verdadera curiosidad por averiguar con pormenores la enfermedad de su amiga. Me cuenta la enfermera que estuvo a punto de matarla a estrujones y a preguntas precisamente

en el momento que la paciente debía estar más fastidiada después de haberle puesto las inyecciones que le detuvieron la hemorragia vaginal. Las mujeres no respetan ni el dolor ni la angustia cuando tratan de satisfacer una curiosidad.

J. del C. (Confidencialmente) Temen Uds. un desenlace fatal?

Dr. Mendieta. Los tapones, las inyecciones, el hielo y más remedios que le hemos aplicado hasta este momento han logrado detener la vertiginosa carrera en esta dolencia. Pero si vuelve a producirse la hemorragia, como es muy temible y la fiebre aumenta, temo que podamos hacer nada por salvarla.

Dr. Riv. (Cabiloso) Desgraciadamente ésa es la verdad.

J. del C. ¿En qué medita Ud?

Dr. Riv. Pienso que para la muerte no hay valla posible cuando se aproxima, como ahora, tenue y silenciosa. Para esa desconocida todos somos iguales; todos los mismos; ni el grande ni el chico, ni el pobre ni el rico, ni el noble ni el plebeyo pueden librarse de rendirle su fiero tributo. ¿Qué fuera de la humanidad si se supiera que unos están condenados a morir y otros a vivir eternamente? Si a Luisa nos la arranca la muerte del mundo, creo haber cumplido mi deber sin que nada tenga mi conciencia que reprobarme.

J. del C. Demasiado comprendo Dr. lo grande y noble del sacrificio que se ha impuesto Ud.

Dr. Riv. ¡Nadie habrá que no se incline reverente ante una posible gran desgracia!

v. de V. (Entrando precipitadamente en escena) Dr. Rivera; acaba de salir del lecho de Luisa el reverendo Padre y se muestra desconsolado del estado de mi hija.

Dr. Riv. También a mí me asiste s rios temores Sra.

v. de V. (Llorando) Dr. amigo de la infancia de mi hija Luisa, noble y leal corazón, brazo poderoso que ha arrancado tantas víctimas a la muerte, no puede ser que mi hija desaparezca sin poder contener su des-

censo hasta el sepulcro.—A Ud. se la he entregado y a Ud. se la reclamo, sálvela de todo peligro. Ella quedará suya para siempre, si ayer fui perversa con Ud. quiero que me perdone y ella y yo quedaremos eternamente agradecidas; por la madre que sufrirá tanto como la suya si perdiera a su hijo idolatrado. Juan: le ruega y le implora de rodillas una madre desesperada. (Se arroja a los pies del Dr. Rivera).

Dr. Riv. (Haciéndola levantar) Nada tendría Ud., ni Luisa que agradecerme, ni lazo alguno les ligaría en caso de que Luisa salvara de este trance en correr vertiginosamente hacia la muerte, la última jornada de la vida. Soy médico y como tal no hago otra cosa que cumplir con mi deber. Para consolar a una madre desolada, como Ud., daría una parte de mi existir a cambio de la vida de Luisa.

(Dirigiéndose solemnemente a todos los allí presentes). Empeño mi honor ante Uds. que recurriré a todos los medios extremos con el fin de salvarla; y si eso no sucede... (agacha la cabeza en señal de dolor).

Ayud. (Entrando con aire de alarma) Dr. Rivera: la enferma delira inconciente por el alza de la temperatura y la hemorragia se vuelve a producir incontrolable...

v. de V. (Al oír da gritos desesperados y entra diciendo): Por Dios, mi hija se muere. (con la viuda entran en tropel la señorita Alamor, el Juez del Crimen y le sigue el Dr. Mendieta, pero el Dr. Rivera le detiene a este último).

Dr. Riv. (Imperativamente) No permita la entrada a la habitación de la enferma, más que a su madre, a quien posiblemente no se le va a poder ocultar la verdad, y usted vuelva inmediatamente.

Dr. Mendieta. (Saliendo apresuradamente) Vuelvo enseguida.

Obst. (Entrando en escena) Dr. Ud. perdone, pero no he podido resistir a la tentación de saber de la salud

de mi hermana de leche y de cuya gravedad tengo yo buena parte de culpa.

Dr. Riv. (Serenamente) Viene usted a tiempo Juana; Luisa en este instante se halla jugando la última partida con la muerte, voy a aplicarle el último de los remedios, con estas inyecciones que contienen una gran dosis venenosa. (Mostrándole una cajita) Si estas no la salvan la matarán instantáneamente....¿Que es pues lo que debo hacer?....

Obst. (valientemente apretando con las dos suyas las manos del Dr. Rivera) Soy mujer, y aunque se asegura que tengo un corazón de piedra también sé llorar y me desesperan las amarguras ajenas. Yo quiero a Luisa, parece que hubieran revivido en mí los recuerdos de la infancia. Si está escrita su muerte, que sea rápida como un rayo; evítela Ud. sufrir y hacer sufrir a los que le rodeamos. Si para algo sirvo yo, mande Ud. doctor.

Dr. Riv. Gracias Juana, ya lo creo que sí, sabe usted tanto como yo y puede ayudarme a salvarla. Vaya Ud. adentro y prepare todo lo que hiciere falta materialmente, y ayúdeme moralmente.

Obst. (resueltamente) Ya lo creo, estoy con Ud. (Entra).

Dr. Riv. (se sienta bruscamente en un dibán y se pone a sollozar) Ya no puedo más!

(Entran el Dr. Mendieta en compañía del sacerdote)

Dr. Riv. (Al verlos entrar recuperando su serenidad) Dr. Mendieta, le esperaba. quiero que me ayude a aplicar el último de los remedios, librándole yo por anticipado, de la responsabilidad, ya que sinó se detiene el mal, morira de contado, es decir con esto: (señalando la caja de inyecciones que está sobre la mesa) abreviaré su vida instantáneamente, una vida tan preciada para mí.

Dr. Mendieta. Permítame colega, por lo menos, asociarme a esa responsabilidad ya que es un deber de compañerismo y lealtad.

Dr. Riv. Gracias colega.

(Sale el Dr. Mendieta)

Sacerdote. (Mientras el Dr. Rivera se halla agachado sobre la mesa preparando unos instrumentos que ha sacado del bolsillo) Comprendo doctor su aflicción y lo admiro desde el fondo de mi alma.

Dr. Riv. (Mirándole al Sacerdote y cómo queriéndole interrogar con la mirada) ¿Lo sabe Usted Padre?

Sacerd. Todo, ella me lo ha confesado, y sus últimas palabras han sido: «Moriré tranquila, si Ud. Padre, me promete conseguir el perdón de Juan a quien he hecho tanto daño y quien sufre en este momento por mí, lo he comprendido perfectamente».

Dr. Riv. ¡Pobre Luisa, la he perdonado ya hace mucho tiempo el mal que me ha causado en mi alma, hoy sólo me quiero ocupar de su vida, quiero salvarla a todo trance; que me perdone ella, a la vez, si por la desesperación de hacerlo acelero su muerte. Y usted Padre, si fuera a confesarme que por salvar a un enfermo, cuyo estado es dudoso y de grave riesgo, le he matado instantáneamente? me absolvería?

Sacerd. La vida, hijo mío, no pertenece nada mas que a Dios. (Acercándose y con aire confidencial) Conozco cuando el enfermo no tiene remedio, mi larga práctica en el confesionario me ha dado una una experiencia que rara vez falla.

Dr. Riv. ¿Y de este caso concreto que opina Ud. Padre?

Sacerd. Me es doloroso tener que confesar que Luisa está al borde del sepulcro, a un paso de la muerte, es decir que su mal no tiene remedio posible; que mejor será que todos oremos por la salvación de su alma y que le ayudemos piadosa y resignadamente a bien morir.

Dr. Riv. (Nerviosamente) Pero eso no puede ser! No morirá, la muerte esta vez, tendrá que enfrentarse fieramente con el Dr. Rivera que ha obtenido éxitos ruidosos en la ciencia y ahora es el único que lo desea vehementemente para todo el resto de su vida. Esta vez Padre, fallará su acerto, yo se lo aseguro. Luisa se salvará, la sacaré de una caja mortuoria si hiciere falta. Si Luisa es Lázaro, Rivera

será Cristo, que le dirá con ¡toda su autoridad y toda su fé: Levanta, anda, no estás muerta Luisa; te quiero todavía
(Sale loca y precipitadamente llevando en sus manos una cajita que contiene el instrumental para inyecciones).

Sacerd. (Le sigue atónito con la vista al Dr.) ¡El Dr. Rivera ha perdido la razón, tan grande es su dolor, Dios mío, compadécete, salva a dos almas buenas y que talvez mañana podrá unirles el amor. (Se arroja y ora).

v. de V. (Entrando y acercándose al sacerdote y arrojándose junto a él) Padre, soy una criminal, quiero que me perdone, mi hija se muere.

Sacerd. Si tu contrición es muy grande, yo te perdono en nombre del Altísimo, Oremos, hija mía, por la salvación de Luisa. (pasa un momento)

Obst. (Entra en son de alegría) Padre, señora: el Dr. Rivera acaba de hacer el milagro de resucitar a Luisa, yo se lo aseguro.

FIN DEL TERCER ACTO

CUARTO Y ULTIMO ACTO

Decorado y miss en escena:

Se trata de un escritorio de facultativo, el cual será arreglado y decorado de acuerdo con las necesidades del momento. En él aparecerá el doctor Rivera, quien viste ropa de casa, su rostro está demacrado, demostrando haber atravesado una grave crisis de enfermedad. Este acto se desarrolla tres meses después del primero.

↓ <i>Dr. Juan Rivera</i>	Ya lo conocemos (convalescente)
✓ <i>Practicante</i>	" " "
✓ <i>Sacerdote</i>	" " "
✓ <i>Luisa Villarreal</i>	" " "
✓ <i>Sras. Moranti y Riego</i>	" " "

Dr. Riv. (Demuestra cansancio al hablar y enfermedad en sus movimientos). Cualquier esfuerzo me hace mal.

Pract. (Entrando) Doctor, la señora Dolores de Ubidia se informa del estado de su salud y me pide rogarle el acercarse a su casa, de serle posible. Al mismo tiempo quiere que le indique la hora para enviar el carro.

Riv. Agradezco a la señora su atención, en cuanto a la visita a su casa lo haré de ser posible de 3 a 4 de la tarde. El auto rechace Ud., iré en el mfo. Diga también al chofer que tiene la mañana desocupada.

Pract. Está bien (Sale).

Riv. (Solo) A pesar de que trabajo, nada o sólo lo indispensable para distraerme, siento un cansancio infinito; no estoy bien, no sé en definitiva qué es lo que tengo.

Pract. Su señorita hermana envía el desayuno; lo hago pasar?

Riv. No tengo el menor apetito; déjelo para más luego, si siento alguna necesidad lo pediré.

Pract. Perdone, doctor, que le afirme que toda la ciencia suya no le va a servir para sanar de todas sus dolencias, si las mira indolentemente. Los facultativos le han aconsejado salir al campo, distraerse, comer y descansar sin tasa: pero el doctor precisamente se ha propuesto hacer todo lo contrario: tiene un magnífico auto en el que podría salir a recibir aire puro y prefiere mandarle al garage. En cuanto a las distracciones, parece que sólo las encuentra meditando; no come, y duerme tanto como una ave nocturna; y, sobre todo, no olvida algo que parece recordar su sentimiento.

Riv. Son cosas del tiempo hija mía, ya pasarán, y si no pasan, qué más puede suceder que morirme?

Pract. Esto no lo dirá Ud. ni en broma, pues no sólo se debe a Ud. Su bondad ha hecho que muchas personas sentirían una pérdida irreparable.

Dr. Riv. Hay tantos hombres más buenos que yo, si me he de poner en el número, que mi desaparición no dejaría más vacío que en una qué otra alma verdaderamente sentimental.

Pract. Y sus pobres, qué sería de ellos?

Dr. Riv. En verdad, me daría pena el dejarlos; pero ya habría otra persona que enjugara sus lágrimas con mano más pródiga que la mía.

Pract. Y los suyos, no tienen más amparo que Ud.

Dr. Riv. A mi hermana y a mi madre les atormentaría el recuerdo de mi muerte; pero, ese mismo tiempo redentor de todas las cosas, se encargaría de borrar ese recuerdo. Luego viene la resignación, hermana mayor del olvido.

Pract. Con qué frescura discurro Ud. de esto. Se trata de una broma y por eso la he seguido; en serio jamás hablaremos de aquello.

Dr. Riv. Gracias, chiquilla. (Suena un timbre) (Sale la practicante)

Pract. (Volviendo) El Rvdo. Padre Cásola.

Dr. Riv. Que entre; cuide de que no se nos interrumpa.

Sacerd. Buenos días doctor, tanto gusto.

Dr. Riv. Bien venido sea Ud., padre.

Sacerd. Su semblante me está diciendo que no está Ud. muy bien todavía, que aún no ha logrado restablecerse completamente. Esto me hace recordar aquello de «en casa de herrero, cuchillo de palo». Mientras Ud. reparte salud por donde pasa, a su casa no llega esa salud apetecida.

Dr. Riv. Esto no merece cuidado, padre, ya tomaré algo que me restablezca completamente y quizá el tiempo haga su obra mejor que yo y las medicinas.

Sacerd. No es cuestión del tiempo, Ud. como médico lo sabe mejor que yo. No hay que dejar tomar cuerpo a la enfermedad.

Dr. Riv. Seguiré sus consejos, padre, y me sanaré cuanto antes; pero diga Ud, cómo así tengo el gusto de verlo por esta su casa?

Sacerd. Pues nada, mi querido amigo: pasaba por aquí, Saltó Ud. a mi imaginación, y me dije vamos donde el amigo, sabré personalmente de los progresos de su salud, y de paso echaremos unos cuantos párrafos; qué le parece?

Dr. Riv. Muy contento y agradecido.

Sacerd. Diga, doctor, mejoró completamente la señorita Luisa?

Dr. Riv. Después de mi enfermedad, no la he visto, pero entiendo que sí mejoró.

Sacerd. Por lo que oigo, no ha vuelto Ud. a su casa ni ellas han venido a la suya?

Riv. No haefo falta ni lo uno ni lo otro; si el caso es grave, irá el médico, pero no el amigo.

Sacerd. Cristo nuestro Señor nos enseña a perdonar a los que nos hicieron mal.

Riv. Cristo enseñó tantas cosas a la humanidad, pero muy poco se las practica. Debe ser porque están ya

olvidadas sus enseñanzas. Sin embargo de que conozco estas enseñanzas, no soy yo quien iré a buscar su amistad.

Sacerd. La madre de Luisa, que es tan agradecida de Ud., no ha venido tampoco?

Riv. No he querido ni debía recibirla.

Sacerd. Yo me permito asegurarle, que ella sobre todo tiene un profundo remordimiento por no haber comprendido a Ud.

Riv. Remordimiento demasiado tardío.

Sacerd. La vanidad en las mujeres es su peor pecado.

Riv. Sí; la vanidad de la madre empujó a su hija hacia el abisino, los supuestos millones de Morgan la cegaron.

Sacerd. Si todas las mujeres supieran lo que vale la modestia y la virtud no pensarían en conquistas imaginarias que les conduce a sufrir amargos desengaños. Nuestra madre Iglesia predica todos los días estas clarísimas verdades.

Riv. Muy al contrario, Padre: la Iglesia, o al menos sus representantes, si alguna vez hablan sobre la virtud y la modestia, lo hacen desde un trono bruñido de oro y engalonando sus templos y altares con riquísimos cortinajes de seda y raso, que aparecen deslumbrantes y vistosos en medio de cientos de luces de mil colores. Y allí, en esos palacios de la soberbia y ostentación, se enseña a adorar a un Dios que murió crucificado en un Gólgota dando ejemplo de virtud, humildad y pobreza. Y como sarcasmo a la miseria de cuando era Dios de los judíos, descolgándolo de la cruz, se lo encierra en tabernáculos, cáliz y custodias de pesado y valioso metal. En esos mismos templos se recuerda a María, la mejor de las mujeres, como ejemplo palpitante de dolor, modestia y abnegación, y al recordarla, se señala su imagen, que se halla suspendida en marcos de oro y piedras preciosas de gran valor, oro y piedras que llevadas al terreno de la caridad servirían para aliviar tanta miseria y dar salud a las carnes que sufren y

agonizan, que en siéndolo de hospital, sirven sus despojos para alimentar constantemente una fosa común. Y así, gráfica y sarcásticamente, se habla sobre la modestia y la virtud. Se podrá creer en la sinceridad de esta palabra?

Sacerd. Libreme Dios de pensar que todo lo que hacemos los sacerdotes esté bien hecho; somos mortales y como tales estamos sujetos a errar. Pero donde hay lujos, hay también pobreza; y al lado de la riqueza está muchas veces la miseria, cerca del orgullo se levanta airada la modestia. Por eso Dios ha puesto dos caminos: el bueno y el malo. Al menos esta es mi firme creencia. No amo el dinero, mis padres me dejaron adinerado, el sacerdocio también me ha dado para mi sustentación; y sin embargo la pobreza acecha a mis puertas.

Riv. Conozco perfectamente cómo cumple Ud. su deber de sacerdote y por eso afirmo la verdad, verdad que Ud. la debe reconocer.

Sacerd. Siga Ud. por la senda que le ha trazado su conciencia, ella le dirá siempre lo mejor. No busque ni el mal ni el buen ejemplo. Adelante con sus buenas obras y nunca con las malas: ese es su deber.

Pract. Las señoras Moranti y Riego, a pesar de que les he indicado de su indisposición, se han empeñado en hablar con el doctor. Aseguran que están haciendo propaganda en favor de una obra de caridad.

Riv. Si se empeñan, que pasen.

Sacerd. ¡Oh caridad, que andáis en tan malas manos! (Entran en escena las señoras Moranti y Riego).

Moranti, Doctor y amigo.

Sra. Riego. Se nos va a perdonar que les hayamos interrumpido.

Sra. Moranti. Y tan por la mañana!

Sacerd. (Sacando el reloj) (No parece muy temprano, son las 10 y 20.

Riv. La visita de Uds. nos será más agradable todavía cuando sepamos en qué podemos servirles.

Sra. Moranti. En primer lugar, queremos informarnos del

estado de su salud, por los diarios hemos seguido el curso de ella y estamos complacidas de su mejoría.

Riv. Estoy casi bien.

Sra. Riego. Nos contentamos muy de veras.

Riv. Gracias.

Sra. Moranti. Si se nos permite hablaremos del asunto que nos hace llegar.

Sacerd. Ya lo creo.

Riv. Digan Uds.

Sra. Moranti. Para el Domingo próximo hemos organizado una kermesse con fines de caridad, para recolectar fondos para el Orfelinato de San Vicente. Somos comisionadas, buscamos amigos que nos ayuden en este empeño.

Riv. Complacidos. Uds. dirán, en qué podemos servirles.

Sra. Riego. En primer lugar, que nos honren con su asistencia, para lo que nos permitimos entregarles una entrada a cada uno de Uds. por el precio que creyeren conveniente.

Riv. (Bromeando) Aunque fuese un céntimo por los dos?

Sra. Moranti. Más que el valor, apreciamos la voluntad.

Riv. (Sacando un sobre de su escritorio) Ofrezco esto para el objeto.

Sra. Moranti. ¡Ah, es Ud. principeseo, doctor!

Sra. Riego. Gracias en nombre de los desheredados.

Dr. Riv. No es a mí a quien tienen que agradecer.

Sra. Moranti. (Asombrada) No entiendo.

Riv. A un cliente generoso que se empeñó en dejarme esa suma a pesar de que nada valían los servicios que le había prestado.

Sra. Moranti. Buen trabajo debe haberle costado el ganarlo de suerte que es suya la limosna, y como tal repetimos nuestros agradecimientos.

Riv. Como Uds. gusten.

Sacerd. Si no me equivoco, usted dice que el valor de esas entradas era voluntario.

Sra. Riego. Sí, Riv. don Padre.

Sacerd. Entonces, venga una para mí (Saca dos monedas

y las entrega) Y quien da lo que puede, no debe más.

Sra. Riego. Y con tan buena voluntad, que vale tanto como millones.

Sra. Moranti. (Irónicamente) Y más grande, si es hecha por un sacerdote.

Sra. Riego. Nos queda sólo el recordar la obligación en que están de asistir a la fiesta, ya que han adquirido tan galantemente sus entradas.

Riv. No me permito ofrecerles mi asistencia, en razón de mi actual estado de salud.

Sra. Moranti. La caridad, doctor, hay que mezclarla con un poco de alegría, de música y de flores. Si pretendemos el bienestar ajeno, debemos pensar también en el nuestro.

Sra. Riego. La caridad es más verdadera cuando empieza desde casa.

Riv. No lo pongo en duda, pero mis quehaceres, el estado de salud me lo impiden.

Sra. Moranti. En cuanto a su salud parece estar bastante bien. En esta virtud, insistimos en la asistencia de Uds.

Sacerd. Por mi parte, agradezco, pero el hábito que visto me lo impide.

Sra. Riego. No vaya a suponer, padre, que esta fiesta ha de tener algo de pecaminosa; bastante alegría, música y si es posible, (picarescamente), un poco de amor, padre, de ese que nunca fué prohibido.

Sacerd. Nada de lo bueno es prohibido, menos el amor, siempre que no medie el escándalo, pecado que nunca lo perdona Dios. Querría contarles algo que nos enseña claramente lo que es el amor y lo que es el escándalo.

Sras. (Haciendo algazara) Cuéntenos, padre, seremos todo oídos.

Sacerd. Pasaba Cristo, nuestro Señor, y a la vera de un camino encontró una pareja de enamorados que hacían públicamente alarde de su pasión; qué es lo que hacéis aquí, desgraciados?—les interrogó el Maestro

—Gozar de nuestro cariño, ya que somos casados por la bendición de Dios. Oh! replicó el Pastor indignado, Dios, mi Padre, no perdona el escándalo, por más que alardeéis de un lazo indisoluble.

Sras. (Riéndose) Pero qué pichoncitos aquellos, muy bien, o queríamos decir muy mal. Continúe su relato.

Sacerd. No muy distante de aquel campo volvió a encontrar otra pareja.

Sra. Riego. (Interrumpiéndole) Qué horror! ese sitio debe parecerse un tanto a ciertos paseos de nuestros alrededores.

Sacerd. (Continuando) Pero ésta, apenas vió destacarse la arrogante figura del Señor, trató de ocultarse de su presencia. ¿Por qué huís de mí—volvió a interrogar el Señor—Porque nuestro amor es criminal, porque el mundo nos anatematizaría en razón de que no nos une el lazo sagrado del matrimonio.—Pero vuestro amor es discreto, les replicó el Señor, —y no asustáis con el escándalo, por lo que yo os bendigo y que Dios, mi Padre, os perdone.

Sras. (Risas y comentarios)

Dr. Riv. Por lo tanto, el amor no es crimen, pero sí lo es el escándalo.

Sacerd. Dios ya lo dijo: ¡Ay del escandaloso!

Sra. Moranti. Ud. como buen sacerdote odia el escándalo, por más que parece no deja de gustarle el amor discreto. (Picarescamente) Ya lo averiguaremos.

Sra. Riego. Y nuestras pesquisas llegarán hasta el campo.

Sacerd. Ya que decís campo, en verdad debo afirmar que me gusta mucho, hasta el deleite. ¿Qué cosa hay que no sea bella y poética en el campo? ¿dónde admirar mejor la naturaleza en todo el esplendor de sus dones con que se ha esmerado el engalanarla Dios, nuestro creador y Padre? El campo, amigas mías, es el sinónimo de la sencillez, de la confianza y hasta de la pureza. Por eso, esas pobres gentes del campo son tan buenas, tan sinceras, tan llenas de verdad, por más que en las grandes ciudades, en ese gran mundo, donde todo es falsía y don-

- de, a cada paso se encuentra el interés que incita a mentir no guste de esto, que es blanco como el armiño y risueño como el pajarito que canta a alborada.
- Sra. Moranti. Esto que dice Ud., padre, parece una broma, y en esta materia hay mucho en sociedad, y siempre siguen siendo bromas.
- Riv. (Procurado visiblemente cambiar de conversación) Y el domingo próximo, indefectiblemente será la kermesse organizada por Uds.?
- Sra. Riego. Así truene, llueva o relampaguee. ¿Con que quedamos en que irá?
- Riv. Ofrezco seriamente, siempre que alguna ocupación de urgencia no me retuviere, pues demasiado lo saben Uds. que primero es la obligación que la devoción.
- Sra. Moranti. Parece que esa fracesita la hubiera aprendido Ud. de nuestra común amiga Luisa de Villarreal, quien no hace mucho rato nos dió idéntica disculpa y fué inútil todo lo hecho para convencerle.
- Sra. Riego. A propósito, doctor, es nuestro deber felicitarle por la asombrosa curación hecha por Ud. a Luisa, de una muerte que había sido segura. No se hablaba de otra cosa en la ciudad, naturalmente, hasta el día en que cayó Ud. gravemente enfermo. Así es que, aunque fuera un poco tarde, reciba nuestra enhorabuena.
- Riv. Es verdad, trabajé con todo el entusiasmo que me fué posible, pero es verdad también que la enferma, por su naturaleza, ayudó a la curación.
- Sacerd. Mal facultativo no aprovecha de esto, sino que destruye la naturaleza antes de hacerla marchar avante.
- Sra. Moranti. Exacto.
- Sra. Riego. Tiene mucha razón el Padre.
- Dr. Riv. Gracias a todos.
- Sra. Moranti. Y con el perdón de Uds. nos marchamos, ya que nos queda algo por hacer (se despiden y salen, el doctor Rivera va con ellas, el Sacerdote queda sólo en escena).

Pract. (Entrando) Reverendo Padre, acaba de llegar su recomendada.

Sacerd. (Confidencialmente) La ha visto el doctor?

Pract. No; nadie.

Sacerd. Bien, hija mfa, Dios te pagará esta obra de complicidad conmigo, permanece alerta para el momento oportuno.

Pract. Está bien (sale).

Dr. Riv. (Entrando) Por lo menos esta vez, las damas están empeñadas en una obra meritoria.

Sacerd. Debo decir que sí y también que no.

Dr. Riv. ¿Cómo se explica esto?

Sacerd. Digo que sí porque presumo que en el fondo, más que caridad cristiana, hay el deseo de hacer motivo para divertirse.

Dr. Riv. Quizá tiene Ud. razón. La caridad debe hacerse en silencio y sin alardes.

Sacerd. Los altos poderes son quienes deben encargarse de esa organización efectiva.

Dr. Riv. No me nombre nuestros Gobiernos porque son el principio y el fin de todas las calamidades públicas y privadas. Ellos han sido siempre los peores factores de que se puede echar mano para la caridad pública. Magníficos cuando se trata de la privada, es decir cuando se trata de hacerla a sí mismo; a sus familiares, a sus amigos, a sus íntimos son a los únicos que puede llegarles una verdadera beneficencia, importándoles un pepino el resto de la humanidad.

Sacerd. En mi viaje a Roma pude darme cuenta que en el Viejo Mundo, los Gobiernos habían tomado como sus principales capítulos la protección del desvalido y la supervigilancia del Estado para con el niño.

Dr. Riv. Esa conducta es muy explicable, ya que quieren conservar tus nacionalidades, teniendo muy cerca el espejo de la Rusia Soviética con sus modernos postulados.

Sacerd. Pero el comunismo está condenado por todas las gentes sensatas del mundo.

Dr. Riv. A pesar del profundo respeto que me inspira la propiedad privada y la vida de mis semejantes, me inclino reverente ante ciertos postulados verdaderamente cristianos del comunismo, que los pueblos católicos no han podido o no han querido llevarlos a la práctica.

Sacerd. Si admiráis sus postulados, no admiraréis también el desconocimiento de un Dios.

Dr. Riv. Probar la no existencia de Dios no podría ni el mundo entero reunido; los Gobiernos legislan sobre la materia, mas no sobre el espíritu. Si no hubiera un Dios habría que forjarlo, dice un pensador francés.

Sacerd. Pero si su primera obra ha sido borrar en las masas el temor a Dios no habrá postulado de amor y caridad para sus semejantes.

Dr. Riv. No lo crea, el Estado Soviético no ha olvidado a ninguno de sus semejantes, empezando por el niño desvalido.

Sacerd. Pretender componer la humanidad arrancando los vástagos del hogar es destruir el mismo, matar el amor paternal.

Dr. Riv. Yo creo que es fortalecerlo, ya que nadie arrebatara esos cariños ni esos derechos. El Estado no hace otra cosa que asegurar la educación y el sustento del menor.

Sacerd. Esa medida dará pábulo al amor libre.

Dr. Riv. El amor no es libre ni es esclavo, es siempre amor. Precisamente aquel interesado y egoísta desaparecerá porque habrán desaparecido las causales para ello. No se lo podrá conseguir con el relumbrón del oro ni con un falso y orgulloso abolengo.

Sacerd. Según eso, Luisa, si estuviéramos en Rusia, habría entregado su vástago al Estado y con eso habría salvado su reputación y su nombre?

Dr. Riv. Allí Alberto no habría podido engañar a Luisa, porque en Rusia no se puede hoy acanallar la humanidad con el oro que todo lo ciega. Allí se combate con las armas que le dotó la naturaleza, es decir

con la ilustración, el talento, la abnegación, y no con un talego de oro real o fingido. Así es que tenía que ser vencido sinó disponía, en virtud de la suerte, de las armas de mi contrincante.

Sacerd. Negar que hay verdad en vuestras afirmaciones sería irme contra mi propia conciencia. Pero antes que el ejemplo de la Rusia, está, el del Crucificado que nos enseñó siempre a perdonar a los que nos hicieron mal y hacer todo el bien posible a nuestros semejantes.

Dr. Riv. Cristo es justicia y mansedumbre, quizá por ello llamó a su lado a los adolecentes. Los siglos han transcurrido y aquel Redentor está olvidado; en lugar de aquel Rey de mansedumbre se han elegido a su nombre, muchos Césares, príncipes del oro y de la tragedia, y en vez de sus doce pobres apóstoles tenemos cientos de generales que predicán la paz en el mundo por la boca de sus cañones y en lugar de un sacrificado los hay por millones que entregan sus vidas a otros Césares, como el Papa, Rey de los déspotas.

Sacerd. No blasfeméis, aquel Cristo que invocais dijo: A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Dr. Riv. Pero ni a Dios todas las almas, ni al César cuanto existe sobre el haz de las naciones. La miseria también tiene sed y hambre y hay que matar su desnudez.

Sacerd. Son muy nobles vuestros deseos de todo, y muy humanas vuestras aspiraciones en bien de la humanidad; pero, desgraciadamente, son teorías muy difíciles de realizar. El Papa, a quien hacéis cargos injustos acaba, en sus últimas Inefelidas incitando al Poderoso a dejar algo de su antigua holgura en favor del miserable.

Dr. Riv. El Papa, como todos los mortales, no querrá la revolución bárbara y sangrienta; aunque de ella salga la verdadera justicia purificada con el fuego y la sangre redentoras. Por lo mismo, si temblamos an-

te la justicia colectiva, debemos por espíritu de propia conservación, evitarla, haciendo una evolución lenta y sistemática, organizada y científica que descanse sobre verdaderas bases de equidad y justicia.

Sacerd. (Entusiasmado.) Estrechad mi mano doctor.

Srta. de Villa. (Saliendo repentinamente y descubriéndose el rostro que lo lleva cubierto con un espeso velo.)
¿Y a las mujeres que hemos faltado a nuestro deber que sanción debería tocarles?

Dr. Riv. (Con gran asombro.) Ah, estaba usted aquí.

Srta. de Villa. Sí; y a mi vez reclamo también justicia.

Dr. Riv. (Admirado.) Justicia?; no entiendo.

Srta. de Villa. Si cuento con su asentimiento, haré lo posible para ser entendida.

Riv. (Hace una venia y señala un asiento.)

Luisa. (Acercándose lentamente y sentándose.) Apenas convalesciente de mi grave enfermedad, supe de la suya, doctor, que le puso al borde de la muerte, precisamente por mi causa. Mi deber y mi gratitud me decían que debía instalarme a la cabecera de la cama del enfermo, que como usted, noble y desinteresadamente, lo había hecho conmigo. Siempre lo intenté, pero una mano inflexible, que indudablemente cumplía una severa y cruel consigna, me cerró el paso tercamente; sin que valieran para mí ruegos ni lágrimas.

Sacerd. (Interrumpiéndolo.) En la llegada de la señorita, en este momento, he sido yo su cómplice, y espero doctor me perdonará esta falta, tanto mas que Luisa la sabrá decir las razones de su venida.

Riv. En verdad, si estas puertas no están abiertas para encontrar al amigo, lo estarán siempre para buscar al facultativo, ¿en qué podré servirla?

Luisa. Gracias mil, sus palabras brotan a fuer de caballero, a pesar de que bien creo que el médico ni el amigo querrán que Luisa de Villarreal se atraviese en su camino. Le ruego por última vez escuche a la que fué su amiga.

Riv. (Demostrando curiosidad.) La última vez ha dicho usted?

Luisa. Sí, la última.

Riv. Se puede saber porqué?

Luisa. A eso he venido; pero antes reclamo su perdón para esta mujer caída en desgracia.

Riv. (Conmovido.) La he perdonado, Luisa, ya hace mucho tiempo, puede estar segura de mi afirmación.

Luisa. No dudo de aquel perdón que me concede usted a manera de limosna, soy la primera en reconocer que le asiste el más perfecto derecho para odiarme, y lo que es peor, para despreciarme profundamente.

Riv. No crea usted eso, Luisa; se lo ruego.

Luisa. (Emocionada.) Gracias por el trato que me devuelve, yo se lo agradezco desde el fondo de mi alma.

Riv. Sí, Luisa, se lo prometo por lo más sagrado para mí, ningún resentimiento guardo yo para usted, no hay pecado que no pueda ser perdonado; es usted desgraciada y eso me conmueve profundamente.

Luisa. (Llorando.) No he querido dejar el mundo sin la completa seguridad de que no habrá tras mí odios ni recuerdos que amarguen la conciencia en la soledad de un claustro. Nada pretendo de usted, Juan, su perdón y olvido será para mí un bálsamo que conforte mi recuerdo y que de aliento a mi espíritu al rezar por quien supo ser para mí el mejor de los mortales. Adios para siempre. (Va a salir).

Riv. (Imperativamente) Luisa, qué va Ud. a hacer?

Luisa. Lo que le toca a una mujer que ha delinquido, olvidar el mundo y morir para él.

Riv. No puede ser eso, no saldrá Ud. de aquí mientras no explique la razón de esa brusca y repentina determinación.

Luisa. No ha sido determinación del instante. Esta resolución la tomé apenas estuve bien de mis dolencias; mas el Padre Redentorista del Claustro de San Diego no ha querido que se cumpla mi voluntad antes de no estar seguro de que no corre peligro mi salud y también mi última resolución. El Padre (seña-

lando al ahí presente) me impuso como penitencia llegar hasta aquí a conseguir su perdón, y aquí me tiene, y habiéndolo conseguido, nada me resta por hacer en el mundo. Voy a cumplir con la promesa que hice a Dios.

Riv. (Conmoverse se interpone en el paso de Luisa). El verdadero amor hacia una mujer no se le puede valorar por su pasado, éste termina en el momento en que empieza su arrepentimiento sincero. Si Ud., Luisa, guarda algún buen recuerdo de aquel Juan de la infancia y tiene gratitud por el doctor Rivera que le salvó la vida, poniendo en peligro la suya propia, conceda una tregua a esta determinación, revocándola por poco tiempo, ya que, talvez, aunque Ud. no lo crea, va a arruinar otra vida no preciada para Ud.

Luisa. Nada que me pida mi salvador y mi amigo de antaño debería negarlo, pero ahora con todo el dolor de mi alma debo decirle: Juan, adiós para siempre.

Sacerd. Luisa, te habla tu padre espiritual, aquel de quien jamás dudaste, ayer te ordenó que vinieras hasta aquí porque eso me lo mandaba mi conciencia, ya que he visto muy claro que en el pecho del doctor todavía anidaba el recuerdo para tí y quizás esta determinación violentaría su enfermedad, cuyo resultado no se podría preveer. Hoy te ordeno retardes tu entrada al convento.

Riv. Luisa, la mía no es una orden, sólo es un ruego.

Luisa. No olvides que jamás debes pensar en hacerme tu esposa, soy indigna de la nobleza de un hombre como tú, tampoco tu querida pues si algo pretendería en el mundo es rehabilitarme ante tus ojos. Seré tu esclava si así lo quieres, apenas merezco ese honor. Tu ruego es una orden para mí; no puedo ni debo desobedecerte. Ordena. (Se arrodilla y llora)

Riv. (Levantándola y abrazándola) En ningún caso mi esclava, siempre la reina.

FIN DEL DRAMA

